

# **COLECTIVERO**

NO. 7 // MAY-JUN 2025

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2025 por COLECTIVERO

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa de las y los autores.

## ÍNDICE

1. Y QUE OTRA PRIMAVERA YA RESPIRAS	1
Anaïs Ornelas Ramírez	
2. GREEN GHOST	21
Emilio Sánchez Toscano	
3. NO RESUCITAR	37
F. Javier Solórzano	
4. GÖMBÖC	51
Hermes Betamax	
5. ECOS DE METAL	63
Christopher Medina G.	
6. ESPECTÁCULO TAURINO	99
Eric Michel Villavicencio Reyes	
7. SIMBIONTES	107
Alan Heiblum	



---

# Y QUE OTRA PRIMAVERA YA RESPIRAS

ANAÏS ORNELAS RAMÍREZ

*... Bebo el agua del Leteo  
me ha prohibido el doctor la melancolía.*

Pushkin

Como siempre cuando me quedo corta de inspiración, releo la página de la novela *Nunca me abandones* que tengo en un marco dorado en mi sala. El tercio inferior de la página está arrancado en una desgarradura irregular. Contrasta con un trazo de pluma roja delicado que se alcanza a ver casi entero, justo debajo del último párrafo legible. Mi mejor amiga me regaló esta novela hace más de 10 años, la favorita de ella; de hecho, me la regaló dos o tres veces para convencerme de leerla. Yo la había puesto hasta abajo de mi pila las primeras veces, no me gusta el género especulativo, prefiero las novelas policíacas. Unos días antes de la última ocasión que nos vimos, había invitado a Eris a pasar la tarde de mi cumpleaños a solas, fue entonces que me la regaló por tercera vez, en otra edición. En aquella época rentaba este departamento, un lugar pequeño pero que tiene esas ventanas

del piso al techo que caracterizan la arquitectura de la colonia Roma. Eris me había ayudado a decorarlo, y había insistido para que pusieramos un sillón contra la ventana, lo cual me parecía completamente incongruente. “Es para que cuando leas te llegue la luz directa, y que cuando estés pensando en una frase que te guste puedas ver las jacarandas”.

Para despertar de una vez por todas mi curiosidad por su novela de predilección, me anunció con una sonrisa vulpina que había puesto notas en el libro, de cosas que le recordaban a mí o a otros libros o canciones, y añadió con algazara en la voz:

—Y le puse una línea roja para que sepas cuándo dejar de leer.

—¿Cómo?

—El final es muy triste, demasiado triste. Por eso te puse una raya de hasta dónde debes leer si quieres quedarte con un final feliz.

No le acordé mucha importancia en el momento. Eris siempre hacía cosas así de raras con sus libros y luego me los daba y yo rara vez los leía, pero los guardaba en una estantería dedicada a ella y pensaba: “pronto, la semana que entra empiezo”.

Después de ese cumpleaños en *tête à tête*, organicé una fiesta con más amigos, en la casa con jardín de una colega que vivía en las Lomas. En aquella época *Leteo* no existía, trabajaba de consultora en una aplicación de salud mental que te ayuda a llevar un registro de tus emociones, te ofrece meditaciones y citas inspiracionales, te propone el número de los terapeutas afiliados en tu área. En la fiesta casi no vi a Eris, distraída por la presencia de un hombre cuyo nombre ya no recuerdo, a quien en la época quería conquistar. Pero sí guardo la memoria, como

encapsulada en ámbar a pesar del alcohol que había consumido, del momento en que Eris se despidió de mí, abrazándome; recuerdo su extraño delineado blanco que desentonaba con la formalidad del maquillaje a la vez discreto y sin falla de mis colegas, y los tenis que traía puestos y que habían sido blancos alguna vez, pero que ahora estaban cubiertos de lodo del jardín. Antes de cruzar la puerta me susurró al oído: “Ahha, estás hablando mucho, tienes que escucharlo y fingir que lo que está contando es lo más interesante del mundo, se ve que es de los que les gusta *eso*.” Hablaba del colega galán que me gustaba. Pronunció “*eso*” con obvio desprecio, mas no me ofendí. Eris tenía razón: ese hombre, como tantos del medio, era egocéntrico, quería una mujer que fungiera de espejo deformante, que le devolviera su imagen mejorada. Le di un beso en la frente y anoté mentalmente la placa del taxi al que se subió. Lo último que alcancé a ver fue un pliego de su amplio vestido lila jacaranda que se atoró en el resquicio de la puerta del vehículo al cerrarla. Eris me había contado varias veces que tenía sueños de que moría dentro de un auto, a veces en un accidente, a veces ahogada, a veces en un auto en fuego del cual nadie la sacaba, por eso nunca había querido aprender a manejar, a pesar de que, como dice Mariana Enríquez sobre Estados Unidos, vivir sin auto en la Ciudad de México es como vivir sin pulso.

Al día siguiente desperté con un dolor de cabeza tremendo como única compañía que me impedía mirar la pantalla de mi teléfono silenciado. Apenas hacia las 5 de la tarde pude abrir mis mensajes para descubrir el montón de llamadas perdidas, de Ameles, la mamá de Eris, de la mía, de una amiga que teníamos en común, todas entre las 5 y las 10 de la mañana,

y luego ninguna. Casi en ese instante tocaron el timbre del apartamento. Me levanté, asustada y mareada, y me sorprendió la forma alta y huesuda de mi mamá en el zaguán. Ella vivía en un pueblo aledaño a menos de una hora de la Ciudad; pensé que habría venido a felicitar me por mi cumpleaños y hacerme comida, en vez de eso rompió en llanto. Habían encontrado el cuerpo de Eris en el taxi que se la había llevado de mi fiesta, abandonado en Los Reyes, en Tláhuac. No había señales de violencia sexual, mas sí las marcas de una pelea férrea. La teoría de la policía fue que el taxista la había amenazado con una pistola, alejándola cada vez más de su casa, pero Eris había luchado con el cuchillo que solía cargar en el bolso, y el chofer le había disparado, tal vez por accidente, tal vez para evitar más problemas, y la había abandonado en el taxi. Recuerdo su rostro frente al volante, sus ojos vidriosos, su barba mal recortada.

El año que le siguió a la muerte de Eris es una elipsis en mi vida. Apenas si puedo evocar tres o cuatro marcados instantes: el ataúd cerrado durante el funeral, para esconder el estado en que habían dejado su cuerpo; al parecer el asesino le había cortado el pelo ondulado que le llegaba casi a la cintura y se lo había llevado. Eris, que tenía en su cuarto un inmenso póster de la Ofelia de Everett, rodeado de varias obras que se habían inspirado del cuadro para ofrecer el espectáculo del cadáver femenino, no podía darnos una visión final de su hermosura. Hubo un día en que me trajeron a su gato Yuki que tenía apenas un año y era todo blanco, porque así lo habíamos acordado antes de su muerte. En algún punto en mi trabajo me pidieron mi renuncia y me dieron una compensación generosa. Recuerdo

las veces en que mi mamá venía y limpiaba el apartamento, me hacía de comer, me decía que saliéramos al menos a la Plaza Río de Janeiro. Recuerdo que después de dos meses empecé a visitar la tumba de Eris y me acostaba en el pasto a su lado a hacer siestas, de hecho, así pasábamos Yuki y yo la mayor parte del tiempo, envueltos el uno en el otro en un uróboro de desasosiego.

A los seis meses empecé a leer la estantería dedicada a Eris, leí los libros sin atención, muchas veces sin poder ver nada a través de las lágrimas. *Nunca me abandones* era el último, y era su favorito, después de él ya no habría nuevos garabatos, ni notitas, ni frases subrayadas; no más recibos olvidados en los libros, por eso meforcé a prestarle atención. Después de un par de capítulos me atrapó. Por primera vez desde su muerte, bajé al café de la esquina a leer y cuando cerró, subí a mi departamento y volví a usar el sillón donde nos sentamos la noche que me lo regaló. Tras varias horas de lectura continua llegué a la línea roja donde debía detenerme. “Y la Plaza desapareció del retrovisor” era la última frase autorizada. Retuve el aire, sentía que si seguía leyendo estaría infringiendo sus últimos deseos, pero quería desesperadamente saber el final. Decidí continuar y Yuki saltó de mi regazo, como presintiendo la tormenta. Como soy muy supersticiosa lo seguí hacia el cuarto y me acosté para continuar mi lectura a su lado, un rechazo de Yuki era casi como un rechazo de Eris. Al girar la última página, su pelaje blanco estaba constelado de mis lágrimas, como perlas en un mar de crema. El final no era triste, como lo había descrito mi amiga, era desgarrador, era el fin de todas las risas, de todos los amaneceres, era del mismo color que el día en que se acaba la infancia y

que el recuerdo color lila del vestido de una amiga muerta. Mi llanto se redobló, esta vez de furia. ¿Por qué no le había hecho caso a Eris, por qué había seguido leyendo? ¿Por qué no había escuchado su consejo esa noche en que mi colega no quiso irse conmigo a casa? ¿Por qué no la había liberado de la obligación de venir a mi fiesta de cumpleaños cuando esa tarde me mandó un mensaje que decía “estoy nerviosa, no conozco a ninguno de tus colegas, todos se ven muy adultos”? En mi furia arranqué la página del libro. La puse sobre la mesa pensando en quemarla o comérmela. Al final, decidí desgarrar también el párrafo que venía después de la línea roja y colgarla en mi cuarto.

El dolor de ese final no me abandonaba, lo sentía como un ácido en el pecho. Mientras el duelo de perder a Eris había sido como una campana de vidrio que me rodeaba, de la que nada salía y que nada podía penetrar, este dolor estaba vivo, me consumía, me asfixiaba. Después de un par de días, y de pastillas, se calmó al fin, pero dejó una cicatriz que ardía cada que trataba de agitarse en mí cualquier emoción. Fue esa tortura lo que me dio la idea: yo me había formado como neuróloga y, antes de reconvertirme al sector empresarial, había hecho una pasantía con un grupo de investigación que trabajaba con la memoria episódica, la que nos hace recordar cosas sin esfuerzo consciente, por ejemplo los detalles del paisaje de mi apartamento con Yuki sentado al borde de la ventana. Buscaban utilizar nanotecnologías para ayudar a restablecer ciertas conexiones en el hipocampo de pacientes en fase inicial de Alzheimer, ya que la enfermedad afecta primero a este tipo de memoria. De ser posible restablecer esas conexiones, teóricamente se evitaría el deterioro. Era una investigación

interesante, esencial, pero muy exigente. Yo no servía para esa vida de decepciones al ver que los pacientes que acababan perdiendo la memoria más rápido con el nanotratamiento eran numerosos. Unas semanas antes de mi lectura de *Nunca me abandones*, una amiga me había contado que debido a este efecto inesperado, opuesto al deseado, de pérdida de memoria acelerada, el proyecto *Mnemos* había sido desmantelado. El día del primer aniversario luctuoso de Eris, llamé a la jefa de *Mnemos*, que seguido había elogiado mi investigación, y le pedí que nos viéramos para hablar de una idea. Aceptó sorprendida. Ese mismo día llevé a enmarcar la página de la línea roja y la colgué en mi sala. Entré a una librería y compré 10 ejemplares de *Nunca me abandones*. Me hubiera gustado conseguirlos en varios idiomas pero sólo tenían inglés *Never Let Me Go*, francés *Après de moi toujours* y español. Me senté en la tumba de Eris y le dibujé la línea roja a cada uno de los tomos, los dejé encima de su lápida con la esperanza de que alguna visitante los tomase, un último regalo de mi amiga.

El lunes siguiente fui a casa de Duham, estaba con su asistente, quien me recibió ceremoniosamente. Pensé que seguro estarían enterados de lo que le había pasado a Eris y se compadecían, pero Duham me desmintió de inmediato; habían aceptado verme porque sabían que la aplicación para la que trabajaba antes de mi despido pertenecía a uno de los conglomerados de farmacéutica más poderosos del país, *Hypnos*. Pensaban que con mis contactos y lo que llevaban del proyecto podrían solicitarles un financiamiento para seguir. Estaban en negociación frente a la evidencia de que el nanotratamiento no funcionaba, al menos no como debía.

“Pero sí que hace efecto”, les dije, “sólo habría que canalizarlo a otra cosa.”

Tal fue el génesis de *Leteo*. En vez de usar la nanotecnología desarrollada por Duham para restablecer la memoria episódica, habríamos de perfeccionarla para eliminar recuerdos dolorosos, episodios enteros o simples detalles. Ya había caído la noche cuando Duham y su estudiante aceptaron que sí: era posible encaminar la tecnología hacia ese lado, pero ¿con qué aplicación? Le presentamos el proyecto a *Hypnos*, enfocándonos en la posibilidad de borrar recuerdos traumáticos para reducir la ansiedad, la depresión, patologías que ya entraban en su rango de fármacos. Aceptaron financiarnos con la condición de que nos enfocásemos en rupturas amorosas. Hoy en día *Leteo* te ofrece olvidar los episodios más difíciles de tus separaciones: ¿encontraste a tu novio en el baño con tu hermano? *Leteo* puede borrar el recuerdo de ese episodio. Claro, la memoria que conocemos como semántica. La que te permite retener por ejemplo que México es un país o que  $2+2$  es  $4$ , no se altera; tú sigues sabiendo que fuiste engañado, pero el recuerdo vivido del momento y las emociones que lo acompañan, desaparecen, acelerando el proceso de sanación. No más repasar en tu mente el color del vestido que llevaba esa chica que rechazó el anillo de compromiso escogido con tanta expectativa. Olvidada la canción que estabas escuchando cuando te llegó ese mensaje de “ya no quiero seguir viéndote”. Regresar a antes de la línea roja sería posible.

Cuando iniciamos el proyecto, las leyes de bioética se habían liberalizado a la par que un gobierno de derecha reformaba el

país desde hacía varios mandatos. Hicimos las pruebas en la prisión privada de hombres más grande de México, en la cual el conglomerado llevaba años experimentando con sus fármacos. El aspecto ético no lo consideré, para mí, toda noción de justicia había muerto la noche en que a Eris la dejaron en ese taxi. Me volqué en el trabajo de lleno y fue mi salvación. Gracias a mí, el conglomerado ofrece hoy en día un servicio completo: primero las risas nerviosas, los encuentros, la felicidad de las primeras veces con las aplicaciones de citas. Y cuando todo eso se extingue, el suave manto del olvido.

Hoy que han pasado diez años, las acciones de *Leteo* están por los cielos. Recién se retiró Duham y yo estoy liderando el proyecto, aunque ya no queda casi nada por perfeccionar. Excepto la última pregunta de los departamentos comerciales y de marketing: ¿por qué hay una diferencia tan grande entre el número de mujeres y de hombres que compran el servicio? En nuestros primeros estudios de mercado las proyecciones mostraban que serían los hombres los principales interesados. Al tener más dificultades para gestionar sus emociones, y una marcada tendencia a querer evitarlas, los pensábamos consumidores naturales. Pero una vez que salió a la venta el servicio, hace ya un par de años, sucedió lo contrario, más del doble de mujeres utilizan *Leteo* que hombres, y hoy el conglomerado está desesperado por apelar a aquella parte del mercado que aún no conquista. Incluso se ha sugerido, probablemente por susurros de la competencia, que como la tecnología fue desarrollada por dos doctoras, le faltaría un entendimiento profundo, instintivo, del cerebro masculino.

Por eso estoy sentada esta tarde frente a mi página enmarcada, no es sólo una cuestión de ventas, sino de orgullo, de desmentir la anticuada idea de un cerebro femenino inferior. Moviendo muchas influencias políticas, el conglomerado ha logrado hacer pasar una enmienda a las condiciones de privacidad de *Leteo*, sin revuelo en la prensa. En el pasado, la compañía no tenía acceso a los recuerdos que los usuarios decidían olvidar, aunque desde el principio éstos habían autorizado que fueran almacenados en una nube protegida. Sin embargo, la más reciente actualización, que lanzamos hace un par de meses, pide aceptar nuevas condiciones, que dan acceso a *Leteo* a las memorias borradas, con fines “científicos”. El 90% de los usuarios las aceptan sin abrirlas. La tarea que me espera al día siguiente es aburrida y repetitiva, revisar una muestra de recuerdos suprimidos por hombres y mujeres y tratar de establecer un patrón que permita esclarecer la cuestión.

Aunque cada vez me cuesta más separarme de Yuki, convertido en un gato anciano, decido irme temprano al laboratorio. Una vez instalada, empiezo a revisar los recuerdos de las personas que respondieron el cuestionario de inscripción tachando la categoría “hombre”. Me aparecen sólo una serie de recuerdos esperados, detalles de citas que ya no quieren llevar con ellos, momentos de rechazo, elementos de la fisionomía de sus exes que les es doloroso recordar. La tecnología de *Leteo* parece funcionar exactamente como fue calibrada. Tomo algunas notas, aunque no espero encontrar nada. Paso al almacén virtual de las que eligieron la categoría “mujer”. Un primer recuerdo es de encontrarse a su novio en una fiesta besando a una desconocida, el segundo recuerdo es el de una

usuaria que le leyó los mensajes a su esposo. El tercero me interpela, no es el recuerdo de una ruptura *per se*, ni de un rechazo, es un momento íntimo. La nube de *Leteo* no permite experimentar los recuerdos en carne propia, pero sí reenvía, gracias a una tecnología desarrollada en el laboratorio, una suerte de huella de la emoción que acompañaba esos recuerdos cuando aún estaban implantados en la mente del usuario. En este caso no es deseo, ni placer, diría que se acerca más al miedo o a la repugnancia, es difícil diferenciarlos cuando están en su forma de huella. La usuaria se focalizó sobre todo en eliminar un breve momento en que sus ojos se cruzaron con los de su... ¿amante? y este desvió la mirada. No sé si atisbo a ver un dejo de vergüenza en el rostro masculino, o si será una sobreinterpretación mía. *Leteo* tiene en efecto una función particularmente eficaz de olvido de rasgos, cuyo objetivo es que dejes de evocar una y otra vez el rostro amado en las noches de insomnio, pero lo que tengo aquí es un uso desviado de esa función. Lo vuelvo a ver varias veces, mas no logro comprender la situación y empieza a angustiarme la repetición de ese rostro masculino, abstraído en su placer culposo. Paso a otros recuerdos, más momentos de rupturas... el sexto me hace abandonar mi escritorio abruptamente y correr a vomitar el contenido de mis entrañas en el escusado más cercano. Es el recuerdo de una violación, y la huella del miedo de la víctima, a pesar de que el aparato diluye la intensidad inicial de la emoción, es suficiente para inducirme un ataque de pánico. Cuando pasa solicito una segunda muestra, luego una tercera. Se me va el día examinando recuerdos de mujeres, recuerdos de violaciones, intentos o realizadas, en todas sus variantes, por desconocidos,

por esposos y novios, padres, tíos, primos. Recuerdos de momentos aterradores en que la usuaria fue manoseada, seguida hasta su casa, acorralada en callejones oscuros, en oficinas bien iluminadas. Es como un anti-tour de la Ciudad de México, un recorrido por su mundo más bajo, ya sea en las esferas del poder o en los tugurios de los cerros. Al volver a mi departamento en la Roma, que compré cuando las acciones de *Leteo* empezaron a aumentar, tras la primera ola de pruebas en la cárcel, estoy mareada por el eco de tanto miedo. La tecnología que permite acceder a los recuerdos no debe utilizarse más de un par de horas; yo estuve casi todo el día y a mi malestar lo acompaña una sensación muy fuerte de irrealidad y despersonalización. Respiro profundo y me tranquiliza saber que es perfectamente normal, después de haber recorrido de esa manera los recuerdos traumáticos de más de 100 mujeres. Lo esencial es que logré encontrar los datos de varias de ellas que trabajan en la Roma y que han logrado desviar o corromper la programación de *Leteo*. La tecnología la formulamos dirigida principalmente a borrar rasgos, texto, música y olor, deidades panteón del dolor de las rupturas. Lo que acabo de presenciar hoy es más que eso, un *Leteo* recalibrado para que ataque recuerdos dolorosos, aunque mantiene las funciones principales intactas. Por eso estoy decidida a contactar con estas mujeres y averiguar cómo tuvieron la idea de darle ese uso, si están organizadas, si alguien está lucrando con esto. Apenas si logro dormir unos minutos, me despiertan incesantes pesadillas y ni el peso de Yuki sobre mi pecho me consuela.

Al día siguiente hablo con diez mujeres diferentes, pero

ninguna reconoce haber cambiado los parámetros de su *Leteo* o haber contactado con algún biohacker capaz de hacerlo. Todas afirman haberlo usado únicamente en sus rupturas. La última es la del primer recuerdo que me interpeló. Es una mujer joven y alegre, tiene ojos color miel y trabaja en una librería frente a la cual seguido paso pero a la cual nunca he entrado. Decido cambiar de estrategia, aunque, si los del departamento legal supieran lo que voy a hacer, tendría muchos problemas. Explico por undécima vez que estoy buscando alteraciones en la programación de *Leteo* o personas que le hayan dado un uso otro que como terapia post-ruptura, le digo que no es ilegal realizarlas pero que es peligroso no consultarlo con un especialista que pertenezca a la empresa. Me contesta que sólo ha usado *Leteo* una vez hace más de un año, después de que su ex terminó con ella porque “necesitaba más espacio” para poder escribir “su obra”.

—Ya sé que no se refería a espacio físico, pero no podía dejar de imaginarlo en su departamento inmenso de la Del Valle de tres cuartos, escribiendo sobre nosotros en cada rincón del lugar. Compré el *Leteo* para olvidar los detalles de ese depa, y de paso me borré los poemas más vergonzosos que me escribó —me dice risueña.

—El recuerdo borrado que yo vi es de hace apenas unas semanas. Un muchacho como de tu edad, tenía las uñas pintadas de dorado. No es el recuerdo de una ruptura, es una... violación, por eso la pregunta sobre la alteración de los parámetros de tu *Leteo*.

Se le descompone el rostro pero sostiene mi mirada, alcanzo a ver que sus nudillos se ponen blancos de apretar su teléfono.

—Se está equivocando, yo no borré recuerdos desde hace un año... y no me violaron.

Salgo de la librería y me enciendo un cigarro, desde la acera opuesta volteó a mirarla una última vez, está regando los pothos que sirven de adorno al pequeño local, el tremor de su mano agita la regadera. Ojalá no se queje con el servicio a clientes, o peor, no quiera exhibirnos en redes. Aunque no tiene pruebas, a la base de datos de *Leteo* sólo tenemos acceso nosotros.

Mi último destino es una tienda de chucherías hippies que no he visitado en años. Era uno de los lugares favoritos de Eris en la ciudad y nunca pensé que volvería sin ella, pero hay una última pista que necesito explorar. Las diez mujeres que interrogué traían una pulsera similar, una iteración de la que Eris llevaba en sus últimas horas de vida. Son el producto estrella de la tienda a la que entro cautelosa, unos hilitos de plata con alguna gema tornasolada suspendida, cristales saturados les llaman, supuestamente un proceso químico les permite absorber más energía o alguna de esas babosadas de la gente que no tiene el rigor de sentarse a entender un concepto científico, pienso.

Agradezco que con el paso de los años, la tienda haya cambiado de disposición y de muebles; me impide ver al fantasma de Eris tratando de convencerme de comprar alguna baratija para atraer el amor. Las pulseras sí siguen ahí, hay más colores de los que recuerdo. La vendedora, una señora de la edad de mi mamá, no me reconoce. No me extraña, en el año que siguió la muerte de Eris envejecí de una manera que sólo la melancolía puede causar. Y han pasado otros diez más. Me presento y le menciono a Eris. Me enseña una foto que tiene con ella en su pequeño escritorio, no se da cuenta,

creo, de que evito a toda costa mirar el rostro de mi amiga. Le digo que necesito un favor especial, que es muy importante en mi trabajo y le explico los grandes rasgos no confidenciales de mi búsqueda, insistiendo en que quiero saber de alguna empresa, un organismo, una asociación que haya comprado pulseras al mayoreo, con la misma amatista pálida. Trato de describirle el color, entre violeta y lavanda, pero sólo me viene el nombre en inglés, *Periwinke*, un tono que lleva el nombre de una flor que se usa para curar la demencia, pero no es necesario adentrarme de más en la plática. En el mostrador veo varias tarjetas, restaurantes macrobióticos y estudios de yoga aéreo... y “Androktasiai: retiros de sanación para mujeres” indica sobriamente la tarjeta, con un dibujo de una amatista en una esquina. Tomo una discretamente y me despido de la dueña con tanta torpeza que seguro pasará por descortesía. Ya frente al volante de mi auto, volteo la tarjeta: en la misma tipografía se lee “Ameles Myosotis” y un número de celular.

Después de la muerte de Eris, Ameles y yo nos volvimos a ver contadas veces. La culpa, las cosas que cada una calló, las zonas grises en las cuales se movía *Leteo* me impedían ir a visitar o mandarle un mensaje; confiaba en que veía las ofrendas que iba dejando en la tumba y que éstas hablarían por mí. No volví, pues, a casa de Eris después de su muerte, hasta ahora. Es a mí a quien le tiemblan las manos mientras toco el timbre. “Ameles Myosotis, terapeuta”, anuncia una estampilla electrónica. Miro hacia la cámara de seguridad, pensando en que Ameles dirá algo porque oigo su respiración por el interfón, pero sólo responde a mi llamado mental el sonido de la puerta automática abriéndose.

En la carrera de medicina nos enseñan que las punzadas que sentimos en las cicatrices en realidad no vienen de éstas; el tejido cicatricial no tiene terminaciones nerviosas, lo que duele son los tejidos que están abajo, ocultos, que son afectados por los cambios de presión en el ambiente, por ejemplo. El tejido que está debajo de las cicatrices es menos elástico, menos resiliente, y mientras el resto de la piel puede expandirse con los cambios de presión, la cicatriz resiste, enviando una señal de dolor a su cerebro. Así se siente entrar a la que fue la casa de Eris, el cambio de presión tensa todas las cicatrices de aquella noche. Me olvido de *Leteo* y de los representantes del conglomerado y sus sonrisas burlonas, perdida en la contemplación de una foto de Eris y yo a los cinco años en una alberca inflable.

—¿Te acuerdas que de chiquita Eris le decía “laguna” a cualquier cuerpo de agua? Hasta a los charcos a veces.

Quiero sonreír, pero no me viene la fuerza al rostro. Acomodo la foto y miro a Ameles. Suspiramos casi al unísono y nos encontramos en un torpe abrazo. Ya instaladas en la cocina, recupero algo de compostura. Con Eris rara vez entramos aquí, siempre comíamos fuera o pedíamos pizza o esperábamos a que Ameles acabara con sus pacientes y nos sirviera alguna botana. El cuartito que le sirve de consultorio es el único al que nunca he entrado y no puedo dejar de mirar su puerta cerrada.

—Ahha, ¿qué haces aquí, vienes a consulta después de todo este tiempo? Sabes que no puedo atenderte, te puedo recomendar a una colega Jungiana si quieres. —Saca la tarjetita de los retiros.

—Quiero saber de estos retiros y las mujeres que van.

—Son mis pacientes, toda su información es confidencial.

—Ok, entonces, quiero saber qué le hiciste a sus *Leteo*, sin su consentimiento por cierto.

—¿Me vas a grabar? ¿Me va a demandar el conglomerado?

—Me sonrío con ese ademán que sólo tienen las madres.

—Aún no saben, sólo yo. Y no, no te estoy grabando, Ame.

—Cuando eras niña, una vez viste un sapo gigante, habíamos ido de viaje, ¿si recuerdas? Tenías pesadillas con ese sapo todas las noches. Tu mamá me pidió que te hiciera hipnosis como hacía con algunas de mis pacientes y no volviste a pensar nunca en esa bestiecilla.

—¿Las hipnotizaste?

—Sí, con su consentimiento. Lo del *Leteo* fue un accidente, ya hipnotizada le sugerí a una de ellas que dejara ir algo, un detalle de una memoria traumática, su mente lo tomó literal y activó su *Leteo* y lo borró. Luego cuando la saque del trance le explique lo que había pasado, pensé que se enojaría pero estaba tranquila. Siguió viniendo a terapia pero ya no estaba en crisis. Entonces tuve la idea.

—¡Pero no les pides permiso!

—Sí y no, hipnotizadas les pregunto qué les gustaría olvidar si pudieran y luego simplemente rompo la barrera, lo hago posible.

—No sabemos qué efectos pueda tener a largo plazo en su trauma, en su cerebro ese uso de *Leteo*; podrían perder la memoria, interiorizar aún más el trauma, desarrollar otras somatizaciones...

—Podrían. Pero lo que sí sabemos es lo que viven con esos recuerdos dentro. Los ataques de pánico, los dolores

neuropáticos, la depresión, el miedo. —No decimos nada un momento, mirando nuestras manos—. ¿Sabes qué borré yo?

—¿El cuerpo en la morgue?

—No, lo consideraré, pero incluso eso era soportable.

—¿Qué entonces?

—Cuando ya estaba en la puerta para ir a tu cumpleaños le dije que se veía infantil con ese vestido, que se pusiera algo más formal o iba a desentonar. Borré el vestido. Y también la mueca que hizo, como tratando de no llorar...

—Ame, tienes que parar, si el conglomerado se entera perderás tu licencia. Te podrían demandar por millones.

—Ahhasi, querida, tú bien sabes que no soy la única.

Antes de irme le pido pasar al cuarto de Eris. En los últimos años nos veíamos casi siempre en mi departamento, donde nadie nos escuchaba contarnos secretos y podíamos comer pan Tía Rosa que para su mamá era peor que tomar cianuro. Pero entrar a su cuarto me transporta a la infancia y la adolescencia compartida, a la felicidad de tantas primeras veces. Ameles no ha cambiado nada, está intacta la parafernalia de brujería con la que Eris estaba obsesionada antes de morir, cristales y cartas del tarot. Siguen ahí todas sus plumas fuente de colores y las libretas que nunca se atrevió a usar. Las paredes están cubiertas de estanterías con libros y plantas, todo desempolvado y vívido, como si nunca se hubiera ido mi amiga. En el suelo, al lado de la cama, hay una pila de libros que no estaban ahí la última vez que vine. El de hasta arriba tiene un post-it “para Ahha, cuando le corten” dice, levanto el segundo “para Ahha, cuando vayamos juntas a Japón”, “para Ahha, cuando muera su mamá”, “para Ahha, si un día nos peleamos”. Son más de veinte, me

hace reír el que dice “para Ahha, si me confiesa que es lesbiana y me ama”. Levanto el último, siento mi mano muy frágil, como si estuviera hecha de papel biblia. “Para Ahha, cuando las dos seamos viejas”.

**Anaïs Ornelas Ramírez** creció en la monstruosa Ciudad de México. Es maestra en Estudios Fílmicos por Cambridge University y en Estudios de Género por la Universidad de París VIII. Está por terminar una tesis de doctorado sobre los roles de género y la afectividad en las narcotelenovelas de Colombia y México en la Sorbona. Sus historias favoritas son las historias de amigas y se muere si se descubre que Elena Ferrante es tres hombres escondidos bajo una gabardina. Es feminista, fan de Octavia Butler y Margaret Atwood y de todos los gatos del mundo. Es docente de cine, guionista y correctora de estilo. En sus ratos perdidos escribe cuentos especulativos.

— — —

## GREEN GHOST

EMILIO SÁNCHEZ TOSCANO

El problema no fue el trabajo, mamita linda. Tú bien sabes cómo me puse cuando, después de dos meses sin noticias, sonó el teléfono y aquella voz —que parecía la de un ángel del Señor— anunció: “Estimado licenciado Rodríguez, ha sido usted seleccionado para ocupar el cargo.” Hasta la fecha no sé bien qué me gustó más —que me hubieran contratado, o que al fin alguien me hablara de *usted*— pero bien has de recordar el grito que pegué apenas colgaron del otro lado de la línea, el susto que te metí porque pensaste que se nos había muerto alguien, y el largo abrazo que siguió en la cocina mientras te daba las buenas nuevas. Ese día todo me supo a gloria y hasta te pedí doble porción.

No, mamita linda. El problema tampoco fue la ciudad. No te niego que es fea, fea con ganas, y que la gente aquí parece que vive solo porque la alternativa es morir. En las mañanas el tráfico le tapa las arterias, y en las noches abundan las llamadas de emergencia y los alaridos de las patrullas. Hay veces que el aire sabe a plástico y no se pueden ver los cerros; me dicen que es por tanto coche, por tantos ciudadanos que quieren estrenar un nuevo motor incluso si eso hace que el cielo se tiña de café. Me

gustaría decirte que la lluvia ayuda a limpiar un poco, pero en las noticias dicen que es ácida y de eso no quiero saber más. Con razón te fuiste de aquí.

Y antes de que siquiera lo pienses, el problema tampoco fue el trabajo. Sí, paga poco y hay días en los que es más aburrido que ver secarse la ropa, pero es lo que hay. Todavía no me dejan llevar mis propios asuntos y mucho menos soy socio del despacho, pero estoy aprendiendo. Cuando menos saldré de aquí con suficiente experiencia para arreglármelas yo solo. Bien dice mi papá que la adversidad forma carácter, y créeme que aquí me van a dar carácter de sobra: entre tantos gritos, pleitos y dramas, he aprendido cuándo debo asumir culpas que no son mías y agacharme para que no me corten la cabeza.

El problema, mamá, fue el fantasma. Cuando vi el anuncio en internet —“se renta departamento”— no lo pensé dos veces: el lugar quedaba a veinte minutos del despacho, y la renta era sorprendentemente barata para la zona. Tampoco tenía muchas otras opciones, porque no me sobraba el dinero y necesitaba desesperadamente un lugar donde quedarme, así que llamé al número del anuncio. La arrendadora era una mujer bajita, ceñuda y algo antipática; me recibió ese mismo día para enseñarme el departamento.

“Te pido dos meses de renta por adelantado para el depósito,” me dijo muy seria. “No se permiten fiestas, mascotas, furcias, fumar o hacer *home office*. Ah, y el otro cuarto está embrujado.”

Aquella sorpresa me molestó: no tengo nada en contra de los fantasmas, zombis, vampiros u otros no-muertos, pero ciertamente habría sido mejor que en el anuncio se dijera claramente que debía compartir el departamento. En fin, no

quise ser grosero y, tras pensarlo un poco, decidí que tener por *roomie* a un ente sobrenatural no sería tan malo; cuando menos eso me abarataba la renta.

Firmé el contrato, pagué el depósito y pronto estuve a solas en mi nueva residencia. Dedicué aquella primera tarde a absorberlo todo: a pesar de lo vieja que era esa parte de la ciudad, el edificio y mi departamento estaban muy bien conservados. Las paredes, aunque eran de hormigón desnudo, tenían algún tipo de encanto en su austeridad; bastaría algún cuadro o algunas plantas en macetas para hacerlas sentir verdaderamente hogareñas. Los muebles eran también muy viejos y estaban gastados por lo que sin duda habrían sido usados por generaciones de inquilinos, mas no parecía que fueran a romperse; el sillón de la sala rechinaba un poco cuando me sentaba y la mesa del comedor tenía algunos rayones y manchas de café, pero nada de aquello me molestaba particularmente.

El único detalle que me preocupaba —el cual de alguna manera no advertí mientras me mostraban el departamento— era una mancha verde adherida a la pared del baño compartido. Al principio pensé que era moho, pero tras tallarla con fuerza me di cuenta de que no se trataba de un hongo invasor, sino de una sustancia extraña, viscosa y que rápidamente se evaporaba cuando la separaba de la pared. Entendí rápidamente qué era aquella cosa y, muy indignado, decidí hablar con el fantasma apenas este se apareciera en el departamento: si íbamos a llevarnos bien, habría que acordar algunas reglas, como no dejar ectoplasma u otros residuos paranormales en el baño.

Por la noche, el fantasma retornó al fin de donde quiera que hubiera estado durante el día. Me di cuenta porque, de

pronto, arreció un frío que no se desvanecía a pesar de que había encendido la calefacción. Las puertas del departamento temblaron como si un aire violento las hubiera azotado; los cristales de la ventana se empañaron y en ellos aparecieron huellas de manos humanas. El espectro sin duda estaba presentándose, así que hice lo propio y me presenté como el nuevo inquilino.

No tuve que mencionar la mancha de ectoplasma en el baño; él mismo se disculpó y me explicó —escribiendo en el vidrio empañado— que la dueña tampoco le había hecho saber que había rentado el lugar nuevamente, por lo que no le había dado tiempo de limpiar. Acepté sus disculpas y me comprometí a mantener el espacio igualmente limpio; me interesaba ser un buen compañero de departamento incluso si él no tenía necesidad corpórea alguna.

Debo admitir que cualquier reserva que hubiera tenido sobre mi descarnado co-habitante se desvaneció rápidamente durante aquella primera noche, y pronto estuve sentado con una taza de chocolate caliente, conversando con el espectro a través de nuestro medio de comunicación improvisado. De ese modo aprendí que su nombre era Gregorio Sigüenza, que llevaba cincuenta años muerto y que en vida fue miembro de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Era uno de los encargados de imprimir y distribuir los folletos y periódicos de la organización, y en ocasiones le tocaba también esconder las armas que la Liga juntaba para enfrentarse al ejército y al gobierno.

No tuvo empacho en contarme cómo había muerto; para nosotros los vivos, la muerte es un tema sensible que no se discute a la ligera, pero para un muerto es tan simple como

hablar del clima. Me explicó que una noche, mientras regresaba de una reunión clandestina con posibles reclutas, un coche negro lo siguió. Bajaron tres sujetos enmascarados y, a punta de golpes, lo llevaron vendado de ojos a un lugar donde lo torturaron para que diera los nombres de sus compañeros. Como no les dijo nada —aunque él sospecha que poco hubiese importado si hablaba— le metieron dos disparos en la cabeza y tiraron su cuerpo al mar para no dejar evidencia. Por eso jamás se supo quiénes lo mataron y, como no recibió ni recibirá nunca justicia, debe ahora permanecer en perpetua vigilia hasta el fin de los tiempos. “Así es el pinche gobierno,” puntualizó.

A partir de entonces, Gregorio y yo llevamos una convivencia mayormente amena. Creo que esto se debió, en gran medida, a nuestro primer encuentro amistoso, pero también a que tengo el sueño muy pesado y él limitaba siempre sus sustos a las áreas comunes y al cuarto en el que habitaba. Nunca llegó a despertarme el ruido que hacía con su actividad paranormal.

Alguna vez llegamos a tener desacuerdos y conflictos, claro, como aquella ocasión en la que —después de una larga noche de beber y fumar— regresé a casa con una mujer a la cual Gregorio asustó al aparecerse en el reflejo del baño. También a veces me despertaba en la madrugada con ganas de tomar un poco de agua y, olvidando la presencia de Gregorio, me llevaba un buen susto al ver cómo los platos y trastes se movían solos en la cocina. Fuera de estos incidentes, compartir el departamento no estaba tan mal. Después de todo, aquellas ocasiones en las que nuestros horarios coincidían la pasábamos bastante bien: conversábamos, veíamos televisión, e incluso compartíamos tiempo juntos mientras yo cocinaba.

Gregorio me explicó que, aunque no tenía los mismos sentidos y necesidades que un ser humano vivo, seguía disfrutando del vapor aromatizado que escapa de una taza de café bien caliente, el olor de la comida y de las flores. Me pidió amablemente que en Día de Muertos lo pusiera en mi ofrenda para que pudiera degustar algunas de las delicias que se les preparaba a los difuntos; le prometí que así lo haría.

Con todo esto, mamá, debes estarte preguntando por qué mencioné que el problema fue el fantasma, y ahora te lo explicaré: Gregorio jamás me causó molestias graves ni ningún deseo de mudarme. El problema llegó con el *otro* fantasma, un malnacido de nombre Stephan.

Tras casi ocho meses de convivencia, Gregorio y yo nos habíamos ajustado perfectamente a la rutina y hábitos del otro. Teníamos bastante tiempo sin disgustos, e incluso les había presentado el espectro a mis amigos vivos, a quienes les pareció que era encantador. Pero todo lo bueno llega a su fin, y nuestra preciada tranquilidad terminó con un ominoso llamado a la puerta. Cuando me asomé por la mirilla y vi tan solo a la dueña del departamento con los brazos cruzados, intuí que algo andaba mal. Esto lo confirmé incluso antes de que la vieja hablara: en cuanto toqué la perilla de la puerta, esta me heló hasta los huesos con un frío antinatural.

“Hoy se muda un nuevo inquilino,” espetó la vieja, malhumorada como si subir a avisarnos le hubiera sido un esfuerzo inmenso.

“¿Qué?” Balbuceé con incredulidad, a nada estuve de sacar el contrato de arrendamiento y —como buen abogado— señalarle a la arpía la flagrante falta a nuestro acuerdo que aquel anuncio

representaba. Sin embargo, la vieja no me dio tiempo de hacer uso de mis capacidades argumentales. Sacó un papel arrugado y me lo entregó.

“Tendrán un nuevo fantasma en el departamento,” dijo como si aquello de alguna manera mejorara la noticia, y se fue sin más.

Me quedé pasmado ante la puerta abierta. Extendí aquel papelucho que me había entregado y leí: *Stephan Hill, Professional Ghost*.

“Fantasma profesional.” Así que ahora ser un muerto era un oficio, una profesión. Era gringo el tipo, para colmo.

En la noche, Gregorio y yo discutimos la situación y coincidimos en que no nos quedaba de otra más que aceptar al nuevo inquilino. Por un lado, mi contrato de arrendamiento no tenía restricción alguna que impidiera a la dueña abrirle las puertas a otro ente sobrenatural; ella estaba completamente en su derecho de permitirle a otro fantasma asustar en el departamento.

Además, ni Gregorio ni yo teníamos otro lugar a donde ir. Yo no tenía suficiente dinero para pagarme algún sitio de esta calidad en el centro de la ciudad; era la presencia del fantasma lo que me abarataba la renta. A Gregorio, por su parte, mudarse le suponía un problema mucho más complicado: según me explicó él, un fantasma no puede salir del lugar donde se ha instalado a menos que lo exorcicen, pero incluso si yo conseguía a alguien que arrancara su forma espectral de nuestro departamento, volver a encontrar otra casa que embrujar no sería fácil.

“Cada vez hay más fantasmas en la ciudad,” me dijo. “Puedo sentirlos allá afuera, pululando en penitencia. Llegan y llegan

de todos lados del país, buscando un lugar donde puedan ser vistos, donde no los ignoren, donde sean más que solo nombres y rostros en un anuncio de *¿Has visto a esta persona?* Es por la guerra contra el narco: con tanto muerto y desaparecido, no hay sitio en dónde meter tanto espanto errante.”

Entendí, pues, que Gregorio no podía irse sin más. Para él, salirse del departamento significaría vagar eternamente por las calles, convertido en la más miserable de las criaturas ectoplásmicas: un alma en pena. En ese estado, se iría deteriorando conforme menos personas pudieran verlo, perdiéndose a sí mismo en la incesante marcha de los años, olvidado por todos hasta convertirse en poco más que un rumor cuyo eco mudo sería rápidamente devorado por el estruendo de la metrópolis.

Me quedó todo claro. Como yo no tenía opciones en ese momento y tampoco quería abandonar a mi amigo a su suerte, decidí quedarme y tratar de llevarme bien con el nuevo fantasma. A fin de cuentas, ya había hecho esto una vez. ¿Qué tan difícil podría ser lidiar con otro de ellos?

Tal como dijo la vieja, Stephan llegó esa misma noche, pasadas las doce. Inmediatamente me di cuenta de que su presencia nos resultaría un auténtico infierno. Lo primero que hizo aquel fantasma gringo fue causar una perturbación electromagnética tan fuerte que varios focos estallaron en un fogonazo cegador. El refrigerador y el horno de microondas chisporrotearon con agonía, y el televisor emitió un chillido estridente que permaneció en mis oídos por casi una hora. Varias figuras macabras aparecieron en los vidrios empañados

por el frío sobrenatural, dejando claro que el nuevo inquilino se tomaba muy en serio su labor de "fantasma profesional".

Tras esta horrida demostración, me presenté con Stephan como antes había hecho con Gregorio, pero no obtuve respuesta. Unos cuantos minutos después, en la ventana apareció un mensaje de mi amigo que confirmaba lo que yo ya me temía: "Este güey no entiende español."

Maravilloso. Simplemente maravilloso. No solo estábamos obligados a convivir con un ente que no dudaría en dejar el departamento inhabitable, sino que además el tipo no sabía —o no quería— hablar nuestro idioma. Tal parece que ni muerto había tenido el tiempo de aprender algo nuevo.

Para no parecer xenófobo, decidí tratar de ser tolerante con Stephan. Desde niño he sabido hablar inglés, aunque mi pronunciación no es siempre la mejor, así que repetí mi presentación en la lengua del fantasma gringo. Aproveché también para comunicarle que Gregorio y yo preferiríamos que sus actividades paranormales no atentaran contra la integridad del departamento, y que sería mejor si se coordinaban para embrujar el lugar en horarios fijos y así no quitarnos el sueño a mí o a los vecinos.

Pero no obtuve respuesta. Pregunté a Gregorio qué ocurría porque él, siendo un fantasma, podía ver sin problema alguno a su colega extranjero. Su respuesta no me gustó en lo más mínimo: "Se está riendo."

A partir de esa noche, quedó claro que Stephan era un espíritu del caos, una alimaña sacada de las fauces del mismísimo averno: un *poltergeist*, como él mismo nos dijo orgullosamente.

“Qué mamón,” dijo Gregorio. “Tanta elegancia nomás para decir que le gusta estar jodiendo.”

Ojalá se hubiera limitado a joder. La actividad paranormal de Stephan, lejos de ser meramente irritante, rápidamente se volvió genuinamente peligrosa. Para mi disgusto, descubrí que sus habilidades eran mucho más fuertes y afinadas que las de Gregorio, cosa que el gringo adoraba presumir.

Una noche, mientras me bañaba, Stephan apareció de cuerpo completo —cadavéricamente pálido y con los ojos desorbitados— en la puerta de la ducha. El susto me hizo resbalar y casi me rompo la cabeza. En otra ocasión hizo sangrar las paredes y tuve que restregarlas durante toda la noche antes de que la peste atrajera ratas u otros animales rastrosos. Cuando Gregorio y yo tratábamos de ver la televisión, el gringo manipulaba la señal y nos mostraba visiones espantosas y grotescas para después causar un corto circuito que hacía sonar la alarma de incendios.

Por más que Gregorio y yo tratamos de hacerle entender que la convivencia no era posible si él no cooperaba, Stephan no hizo caso y siguió causando caos a todas horas. Nuestros amigos vivos dejaron de visitar el departamento, pues Stephan se ensañaba con ellos y hacía que les brotaran arañas de la ropa y que su comida se llenara de gusanos. También les escribía mensajes amenazadores en las paredes y en las ventanas, haciéndoles temer por su vida si se quedaban mucho tiempo en nuestro hogar. Poco a poco nos fuimos quedando solos.

Cada vez que lo confrontábamos —me explicaba Gregorio— el gringo se encogía de hombros y, en una rota y burlona imitación de español, le expresaba a su colega mexicano que él

simplemente estaba haciendo su trabajo. No era su culpa que Gregorio no supiera ser *professional*.

Aquello me hizo enojar. Gregorio no sería el fantasma más caótico o aterrador que hubiera, pero eso no significaba de ninguna manera que fuera un espectro de menor categoría que el gringo. Así se lo hice saber, y le confié que estaba pensando en traer un exorcista para deshacernos de Stephan. Gregorio me agradeció mi solidaridad, mas no aceptó mi plan para desalojar al *poltergeist*: un exorcismo, me dijo, expulsaría a toda entidad sobrenatural que habitara el departamento. No solamente Stephan tendría que irse, sino que Gregorio también se vería arrojado a la calle.

“He estado aquí desde antes de que construyeran el edificio,” me confesó. “Me mataron aquí cuando todo esto era apenas una obra en construcción. No conozco otro lugar.”

En ese momento sentí mucha pena por Gregorio. Entendí que, aunque murió muy joven, en esta época era ya un viejo que no sabía cómo adaptarse al cambio, una reliquia de tiempos pasados que se iba desvaneciendo conforme nuevas generaciones lo desplazaban. Ya a nadie le importaba quién había sido él en vida; su existencia era un obstáculo, una piedra en la inmisericorde marcha del progreso, como muy pronto nos daríamos cuenta.

Nuevamente sin opciones, nos resignamos a tratar de mitigar el caos de Stephan para que este no convirtiera el departamento en un pandemonio. Gracias a Gregorio —quien desde el plano astral se encargaba de anticipar y frustrar las ocurrencias del gringo— logramos tener unas cuantas semanas de relativa tranquilidad.

La noche del dos de noviembre, Día de Muertos, Gregorio y yo permanecimos vigilantes en la sala, cuidando la ofrenda para que a Stephan no se le ocurriera apropiársela. Se sabe que un muerto no puede tocar lo que hay en el altar si no se le ha incluido en este, pero no quise arriesgarme. Las costumbres de los muertos gringos son distintas a las nuestras —no había manera de saber qué sucedería si dejábamos la ofrenda a solas. De cualquier manera, la única foto de Gregorio que logré conseguir —la de *desaparecido*— bastaba para que mi amigo pudiera gozar de aquellos alimentos, así que opté por darle algo de privacidad mientras yo descansaba un poco.

Nos interrumpió un golpeteo en la puerta; más malas noticias, sin duda. Cuando abrí, la dueña del departamento estaba acompañada de dos sujetos más blancos que un ajolote, vestidos con chanclas y camisetas con cuello en uve que dejaban asomar unos cuantos pelos descoloridos. Uno de ellos, un tipejo con rastas rubias y piercings en las orejas, echó un vistazo al departamento y a la ofrenda de Día de Muertos antes de que yo pudiera oponerme.

“*Oh, so beautiful!*” Expresó el tipo en inglés. “*Very traditional. Very authentic.*”

“*And you said it’s definitely haunted, right?*” Dijo el otro, adentrándose en mi hogar y haciendo caso omiso de mis protestas. “*Two ghosts! And one of them is American? It’s definitely what we’re looking for!*”

Miré atónito a la dueña del departamento. Me llevó aparte y dijo:

“Vas a tener que mudarte, porque no voy a renovar tu contrato. De ahora en adelante este departamento va a ser para

turistas. *Airbnb*, creo que lo llaman ellos. Te estoy avisando con un mes de anticipación, como acordamos, para que tengas tiempo de recoger tus cosas y salirte.”

“¿Turistas?” Pregunté molesto. “¿Qué demonios van a querer los turistas con un edificio tan viejo como este?” Pero yo sabía ya, en el fondo, la respuesta.

“Vienen por los fantasmas,” me dijo la vieja sin tapujos. “En su país se volvieron muy populares los shows de cazadores de fantasmas, las exploraciones urbanas y los hoteles embrujados. Para eso voy a usar el departamento, para hacer negocio con estos dos.”

La vieja dejó a los gringos andar a sus anchas. Los dos sujetos reían y chillaban como niñas de preparatoria cada vez que percibían “actividad paranormal” incluso sin que Gregorio ni Stephan hubieran hecho algo. Satisfechos, estrecharon la mano de la dueña y se retiraron con ella, hablando sin parar sobre cuánto iban a cobrar y cómo promocionarían el lugar.

“No nos vieron,” lamentó Gregorio un poco después. “No nos vieron, aunque estábamos.”

“Pero te verán,” le dije. “Te verán cuando vengan los demás, cuando este lugar se llene de güeros obsesionados con lo sobrenatural. Algo es algo, ¿No?”

No. No es suficiente. Gregorio fue comunista toda su vida, y lo ha sido toda su muerte. ¿Qué condena más horrible habría para él que acabar convertido en un espectáculo, en un negocio para empresarios avaros y turistas morbosos? Él no quiere pasar su eternidad así, percibido solo como un objeto de lujo, como un eco cuya historia y nombre serán solo un dato curioso para entretener por un rato a los inquilinos. Stephan tal vez

disfrutaría de eso —a fin de cuentas, le encanta ser el centro de atención— pero mi amigo no es un fantasma de carnaval, ni una atracción turística.

Por eso, mamá, te escribo esto. Al final tendré que mudarme de departamento en unas semanas más. Después de buscar un rato, he encontrado un lugar que, aunque está mucho más lejos del trabajo —una hora en transporte público— es bastante accesible para mi presupuesto y me gusta lo suficiente para no quejarme.

En cuanto a Gregorio, me gustaría pedirte un gran favor. ¿Recuerdas que dijiste que convertirías mi antiguo cuarto en una habitación para huéspedes? Pregúntale a mi papá si él y tú estarían de acuerdo con tener un fantasma en la casa, al menos por el futuro próximo. No sé cuánto cobre un exorcista y tengo que apurarme a sacar a Gregorio de aquí. Les prometo que no causará problemas; si acaso dejará alguna mancha de ectoplasma en la pared solo para que ustedes sepan que sigue ahí.

**Emilio Sánchez Toscano** nació y se crio en Tijuana, Baja California, ciudad con la que mantiene una relación tempestuosa como todo vampiro fronterizo. Ha escrito y publicado más de 100 cuentos bajo el pseudónimo Din-Bidor en los sitios de ficción colaborativa *The SCP Foundation* y *The Wanderers' Library*. Actualmente reside en Ciudad de México, su purgatorio personal. En sus ratos libres es abogado.



— — —

## NO RESUCITAR

F. JAVIER SOLÓRZANO

—¿Qué pasa con tu agente? —dijo Lucas, fastidiado—. No ha contactado en toda la noche. ¿Por qué no acudimos a un llamado de la central? Van cuatro que dejamos pasar.

Mina le miró indiferente desde su asiento, con una mano descansando sobre el volante de la ambulancia. Eran casi las cuatro de la mañana, la hora más quieta en Ciudad Capital, en la que al tercer turno de trabajo le quedaba poco para salir y los otros dormían.

—Si no ha llamado es porque no tiene algo que nos convenga. Ya sabes que los servicios que solicita la central no son aptos. No se pueden subastar —dijo Mina.

Lucas lo sabía. Pasaba que no era bueno con la espera. Su carácter no era del completo agrado de Mina, lo soportaba porque era el mejor asistente traumatólogo que conocía después de ella misma. Juntos eran de los mejores especialistas en la ciudad, mas no eran los únicos y la competencia por rescatar pacientes que valieran la pena era reñida. A sus treinta, había invertido la mayor parte de sus ganancias en la ambulancia, pero había otros aspectos a considerar, como el agente colocador y la columna central de todo: el resucitador. Si uno de esos

componentes fallaba tendrían un cadáver irreversible o un paciente con vida que no les dejaría más que lo de su traslado y sus honorarios por hora. Una miseria.

Para vivir en Ciudad Capital debías tener trabajo. No había gente desempleada, ni vagabundos. Tampoco era sitio para familias, estudiantes o jubilados, ellos vivían en ciudades sociales. La ley requería que al menos ochenta por ciento de los residentes estuvieran asegurados por sus empresas, eso le quitaba negocio a los médicos, pero quedaba espacio para profesionales independientes que trabajaban bajo su propio riesgo, de donde Mina hacía negocio. En un buen caso podía ganar lo que un asalariado lograba en tres meses.

Lucas bajó de la ambulancia para calmar el tedio. El viento helado, silbando al correr entre la pared de los edificios, clavó diminutos alfileres en su rostro. Estiró los brazos con fuerza para desperezarse, el trozo de cielo visible entre los gigantescos edificios era de un oscuro invernal, las luces de la ciudad coloreaban de un azul blanquecino el abdomen de las nubes encima de ella.

Contagiada de impaciencia, Mina se escurrió a la parte trasera de la ambulancia. Ella misma preparaba todo antes de ponerse a la espera, en especial el resucitador, el dispositivo oficial para registrar la ausencia de vida. Checó cada sección de nuevo. Su trabajo consistía en salvar a quien sufriera un accidente, pero si, y solo si, había muerto antes. La ley marcaba que debía tener un certificado de muerte: al menos treinta segundos verificados mediante el resucitador. Gran parte del éxito radicaba en su habilidad para salvar a gente que, sin atención, no sobreviviría. Debía reducir fracturas, evitar daño renal por traumatismo,

asegurar el menor número de secuelas, amputar o lo que fuera necesario, pero sobre todo, mantener intactas las habilidades profesionales del paciente.

Como iban las cosas tendrían que retirarse con los bolsillos vacíos al amanecer. Sólo trabajaban de noche, era una política personal de Mina. Trabajar de día aumentaba los riesgos de todo, incluyendo dañar la ambulancia y perder pacientes durante el traslado. La voz del agente sonó por la bocina e informó sobre un accidente: la dirección, confirmación del estado crítico del sujeto y sus habilidades profesionales.

—...programador bio-computacional con más de cuarenta años de experiencia. Ha trabajado para seis de las diez más grandes. Lo estoy colocando en presubasta ahora mismo, así que más vale que lo mantengan con vida las veces que sea necesario —dijo el agente.

La ambulancia redujo la velocidad cerca del suelo para aterrizar suavemente a pocos metros del accidente. Mina, luego de presenciar incontables escenas como esa, imaginó que se trató de una falla en el motor del aeromóvil, una caída libre de al menos cincuenta metros si volaba a la altura reglamentaria.

—Estamos aquí. Vamos acercándonos. Veo más personas dentro del vehículo —dijo Mina.

—Ninguno de valor. La huella genética del paciente está en el sistema. Confirma identificación —dijo el agente.

Al asomarse al amasijo de metal, piezas electrónicas y mecánicas, el visor del casco identificó entre las personas heridas y maltrechas a Henry, el objetivo. Se escuchaban lamentos y voces pidiendo ayuda, Mina pasó entre ellas mientras Lucas se colocaba del otro lado con el equipo. El tiempo corría.

—Aquí hay gente asegurada. Es posible que ya vengan por ellos —dijo Mina.

—Este es nuestro. Llegamos primero. Los sensores marcan una probabilidad del 76% de falla cardíaca. Necesitamos aumentarla, asegurarnos de que ese hijo de puta de oro muera.

—Ponlo en subasta ya. Me aseguraré de eso.

Mientras los médicos de un asegurado trataban de salvarle la vida a toda costa, Mina danzaba en un equilibrio delicado, debía encargarse de que las heridas no siguieran haciendo daño y preparar al herido para que, al volver de la muerte, su cuerpo tuviera posibilidades de recuperación. Debía salvarlo y no, al mismo tiempo. Henry, el hombre de setenta y cinco años por el que estaba ahí, inconsciente, prensado por la estructura del vehículo, tenía fracturas en costillas, una pierna y un brazo. Su cabeza, hinchada y ensangrentada, se resbalaba entre las manos de Mina al tratar de levantarla. No había fractura craneal y sus pupilas reaccionaban de manera simétrica a la luz, era buena señal de que su cerebro no tenía daño. La muerte le sobrevendría por compresión y hemorragia en la arteria femoral.

—Conecta el catéter múltiple, trae hemoespuma, diez unidades de sangre sintética y el gato hidráulico —dijo Mina.

Lucas ejecutó las indicaciones. Henry comenzó a exhalar, emitiendo un quejido largo y forzado. Mina examinó los puntos de apoyo para liberar del peso el pecho de Henry. Conectó una solución especializada que protegería los riñones del daño causado por la sangre coagulada entre los tejidos; suministró una más: destinada a retrasar el deterioro neuronal durante los primeros minutos posteriores a la falta de oxígeno en el cerebro. Recibir un pago para que luego el sujeto muriera

por insuficiencia renal o quedara con alguna secuela que le impidiera trabajar, era condenarse a perder la licencia y pagar indemnizaciones a los compradores. Cuando Lucas volvió con lo que hacía falta, Henry estaba a punto de morir.

—Vamos, rápido. Pon el gato aquí. En cuanto su corazón se detenga comenzaré a liberarlo. Estoy terminando de sellar la arteria, comienza la transfusión. Yo me encargo del resucitador. Prepara los inmovilizadores y la camilla.

La posición del brazo de Henry complicaba la sujeción adecuada del catéter. Miró a su alrededor, vio a su alcance el zapato de un herido; con habilidad quitó la agujeta y ató el catéter en el ángulo adecuado.

—Apresúrense —dijo el agente.

Mina, concentrada en colocar los electrodos y encajar los sensores intramusculares en el cuerpo de Henry, pareció ignorar la voz del agente. Sus manos, veloces y entrenadas, sabían de memoria los puntos clave para medir los signos vitales. Sus manos sudaban bajo los guantes. Apenas colocó el último comenzó la grabación en el resucitador: la única forma de comprobar que el paciente había muerto y por tanto, dejaba de ser la persona que era. El último respiro de Henry fue lento, pareció resistirse a salir. El segundero comenzó a correr.

—Ya, ya, ya. ¡Abre la subasta! —dijo Mina.

La espuma hemostática selló la herida, la sangre sintética, con mayor capacidad de saturación de oxígeno que la sangre natural, comenzó a hacer su trabajo. Mina colocó el chaleco compresor sobre el tórax y la mascarilla en el rostro de Henry, dejando todo listo para activarlos. Vio en la pantalla sobre su muñeca la puja de varias empresas de bio-programación

en busca de talento profesional. Las habilidades de Henry no eran particularmente sobresalientes, sabía lo mismo que la mayoría de los profesionales de su campo, excepto por su elevado porcentaje de aciertos a la hora de proponer soluciones, considerablemente por encima del promedio: un atributo valioso para los postores, tanto, que la puja triplicaba el monto normal por un profesionista similar.

—Tienes que cerrarla, el tiempo corre para resucitarlo —dijo Mina—. El riesgo de daño irreversible aumenta.

—Unos segundos más, siguen ofertando.

La ley era clara. Si nadie adquiría la posvida de un individuo no debía resucitarse. Si el individuo volvía a la vida antes de que hubiera un comprador, su vida le pertenecería de nuevo a él mismo, sin obligación de cubrir el costo de resucitación. Todos perderían. Por más que Mina sentía el impulso de iniciar el procedimiento, no podía hacerlo. Veía de reojo el aumento de la puja en su monitor, en el segundero y los signos vitales de Henry.

—La subasta está cerrada, tenemos comprador —dijo el agente—. Felicidades.

El chaleco dio inicio al masaje. Desde el resucitador, Mina liberó cargas eléctricas en intervalos hasta que el corazón de Henry volvió a latir. Los heridos alrededor aún se quejaban; Mina, concentrada en su trabajo, no prestó atención. El corazón de Henry se convulsionó en un intento por recobrar fuerza, luego, una expansión en su caja torácica anunció un latido fuerte, constante. Mina apagó la bomba que circulaba la sangre en el cuerpo de Henry.

Todo parecía en orden, sus signos vitales volvían a la normalidad, su cuerpo era capaz de mantenerse vivo por sí mismo. Solo restaba la recuperación mediante atención médica acelerada, pagada por Multicorp, propietaria de la posvida de Henry.

Ciudad Capital no tenía horizonte. Por la ventana de la habitación del hospital, Henry sólo veía estructura tras estructura, edificios, sin montañas a lo lejos, solo un cielo azul por encima de ellos. No había plantas a esas alturas ni a ras de suelo. La ciudad pagaba para que otras partes del mundo produjeran el oxígeno de la superficie, esterilizada por planchas de concreto y acero.

La cerradura de seguridad anunció la llegada de alguien. Mina entró a la habitación, le acompañaba un hombre delgado, de aspecto nervioso.

—Henry, él es Joe Blasco, encargado de recursos humanos de Multicorp. Pronto te daremos de alta para que puedas retomar tu vida. Vino a explicarte los términos de tu adquisición.

—Felicidades, Henry. Ya no estás en cualquier firma. Ahora trabajas para Multicorp. La mejor y más grande del ramo. Tienes habilidades bastante buenas —dijo, revisando el expediente electrónico de Henry—. Es una suerte que el equipo de la señorita Mina diera contigo. Como sabes, al momento de morir todos tus contratos anteriores quedaron anulados. No recibirás compensación de tu anterior empresa, pero la anulación también aplica para tus obligaciones. No más deudas ni compromisos legales. Un reinicio fresco dentro de Multicorp, Henry. ¿No es fantástico? Aquí tengo que mencionar que

legalmente tu tiempo nos pertenece dado que moriste y nosotros invertimos en traerte de regreso para que trabajes con nosotros. Naturalmente descontaremos de tu sueldo lo necesario para cubrir lo invertido, no el cien por ciento, claro. Te quedará para vivir cómodamente, te proporcionaremos alojamiento también. El pronóstico es que vivirás al menos cuarenta años más... Cincuenta si pones de tu parte. Colocamos células creadas por Multicorp para restaurar tu organismo. Consideramos que cubrirás tu crédito de revitalización en treinta y ocho años; te quedarán de dos a diez años para ti mismo. Aquí está el contrato —dijo Joe, pasándole un fajo de folios—. Aunque estadísticamente es poco probable —continuó con falsa preocupación—, si estuvieras de nuevo en una situación así, es decir, si volvieras a morir, tenemos que asegurar la confidencialidad de nuestros secretos industriales, mantenerlos a salvo.

Extendió otro hatillo de hoja. Leyó con la casilla que Henry debía marcar, decía con claridad: “No resucitar”.

—Léelos con calma. Te los dejaré y vendré mañana a registrar tu aceptación.

Luego de ese encuentro, Henry quedó solo en la habitación. Miró por la ventana sin prestar atención a los papeles en sus manos. Era cierto, una forma de llegar a una gran empresa era ser resucitado por ella. El modelo típico de empezar desde abajo y abrirse camino seguía existiendo: un proceso largo para los aspirantes y costoso para las empresas que debían ofertar por encima de lo que ya ganaban los profesionistas. A la larga era más barato comprar la posvida de un empleado. Después de todo ¿quién querría morir? Una pregunta que se había vuelto

un mantra entre el personal de departamentos de recursos humanos y adquisiciones. Les ayudaba a dormir mejor pensar que nadie querría morir, o que, para hablar en positivo, todos darían lo que fuera para vivir más tiempo. Henry alzó sus manos, las examinó bajo la luz que se filtraba por la ventana. Igual que su rostro, no aparentaban su edad. Tenía setenta y cinco años y una esposa que hacía una década no veía, no hacía falta. Su único hijo había crecido, se había marchado hacía ya varios años, ajeno a Henry, al tanto de él sólo a través de su madre. En algún momento entendió que para su hijo era un agobio hablar con ese hombre al otro lado de la línea, quien con torpeza intentaba construir un puente condenado a nunca ser transitado. Henry meditó que le esperaba un futuro idéntico a su pasado.

\*\*\*

Ciudad Capital, y las ciudades similares, pagaban bien: suficiente para mantener con decoro a una familia fuera de ella. En algún momento, que no ubicaba con precisión, su esposa dejó de pedirle que volviera a casa. Lejos de pesar sintió alivio; le costaba cada vez más montar una obra de teatro doméstica donde él pretendía desear las atenciones de su esposa y ella fingía disfrutar de su presencia. El día que Henry canceló su visita quincenal, no hubo reproches sino una comprensión demasiado amable que se repitió a la semana siguiente. El hecho era que todo marchaba mejor sin él. Viendo hacia atrás, tampoco encontraba el momento en el que asumió que nunca

llegaría a tener un gran nombre entre los profesionistas de su ramo, ni siquiera a trabajar en una gran firma. Resultaba irónico tener que morir para ello. Primero muerto que hacer alguna cosa, decían antes. Para él ya era realidad: primero muerto que pertenecer a una gran firma, justo cuando pensaba jubilarse porque no avanzaría más en su campo. Cuando dejó de proponer ideas en el trabajo, nadie se lo recriminó, igual que su esposa, abandonaron la esperanza en él. Llegó a aceptar que no tenía soluciones sobresalientes ni grandes ideas. Quizás nunca las había tenido y simplemente se cansó del cortés rechazo profesional a sus propuestas. Quizás.

Su vida era un hatillo de imprecisiones, una maraña de hilos que al principio parecían guiar a una cosa llamada mejor futuro. Pero ahora, recostado en la cama de un hospital, con una nueva vida por delante, estaba convencido de que llegó hasta ahí simplemente porque el tiempo avanza y nos coloca en algún sitio, porque no podemos estar en ningún lado. Igual que el viento deposita una mota de polvo en una superficie porque no puede permanecer en el aire por tiempo indefinido.

Nos guste o no, nosotros también nos depositaremos. Recordó la llamada telefónica del día anterior con su esposa, repasaba el diálogo una y otra vez, buscando en su tono algo diferente, lejano a los temas prácticos de la conversación. Ella había cobrado el seguro de vida con una reducción por la cláusula de resurrección, le habían devuelto lo que pagó con un pequeño interés. Aun así era suficiente para una nueva casa o para vivir holgadamente por un tiempo. Además, dijo ella con júbilo a través de la pantalla, su anterior empresa se comunicó para informarle que como beneficiaria única, transferirían a

su cuenta el pago final de su marido. Por último le habló del contrato matrimonial. En cuanto el resucitador de Mina lo declaró muerto ella se convirtió en viuda y, según dijo, no quería serlo. Le preguntó cuándo se casarían de nuevo. Pensaba usar parte de su dinero del seguro para ahora sí tener fiesta y luna de miel. Luego todo podría ser como antes. Repasó una vez más la conversación buscando entre líneas el cariño que hacía falta en los contratos, las cláusulas y la promesa, implacable, de que todo sería igual. Su muerte era un mejor futuro para todos. Para él no era sino una apacible extensión del pasado.

Al día siguiente Henry dio su consentimiento neuronal. Mina, con alegría auténtica, lo felicitó por ganar años de vida con trabajo asegurado: algo que muchas personas deseaban. De negarse estaría cometiendo un delito y lo que correspondía era cárcel durante la posvida adquirida por la empresa. Su expediente como ciudadano profesionalista se actualizó, su tiempo era propiedad de Multicorp por treinta y cinco años, y su resurrección, diez años posterior a ese periodo, estaba prohibida por cuestiones de confidencialidad.

Pidió que lo comunicaran con su ahora viuda, él mismo quería darle la noticia.

—Madel, ¿en qué fecha quieres casarte? Organiza todo, no guardes gasto, imagina la fiesta que soñaste. Pronto me darán de alta, los bio-módulos de Multicorp son impresionantes. Mis heridas sanan con rapidez. El futuro es brillante.

Días después, luego de terminar su comida favorita, un hombre se arrojó desde el tercer piso del centro comercial. El rescatista en turno comunicó al agente que el herido parecía buen prospecto, hasta que checó la ficha de identificación.

—Carajo. No lo subastes —dijo el rescatista.

En sus pantallas brillaba la directiva “No resucitar”.

En algún sitio, en el reporte financiero final, el nombre de Henry aparecía como una pérdida menor, dentro de los márgenes saludables de operación de la empresa.

**F. Javier Solórzano.** Ha publicado cuentos cortos en revistas electrónicas y compilaciones convocadas por editoriales independientes. Formó parte de la segunda generación del Diplomado en Escritura Creativa del Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia y depositario de una beca para la residencia de escritura Under The Volcano en 2023. Trabaja en una cafetería y escribe entre hacer café y leer cada que puede.



---

## GÖMBÖC

HERMES BETAMAX

El museo de Stevens Klint en Dinamarca pretendía exponer fragmentos, hallados ahí, del meteorito que se impactó contra la Tierra hace millones de años en Chicxulub, Yucatán, a la vez que presentar una recreación interactiva del proceso de extinción masiva de especies, a partir del suceso geológico.

Sin embargo, por un percance durante su inauguración, tuvo que cerrar sus puertas indefinidamente. Entre las quinientas treinta y seis personas que asistieron, estaba Howard Pills, un tipo cualquiera sin rasgos particulares, de compleción media, de edad promedio. Era ejecutivo de bajo rango de una compañía de goma de mascar, la Chewing Internacional Company (CHICo), instalada a las afueras de Copenhague, en la isla de Selandia, desde donde tenía salida, tanto al mar del Norte como al mar Báltico. La preeminencia de la compañía iba más allá de su capacidad operativa, comenzaba con el proceso mismo de fabricación de la goma de mascar, al ser la pionera en el desarrollo de polímeros ecológicos a base de algas marinas, como la *fucus spiralis* cultivada en granjas marinas bajo cuidados expertos, en lugar del caucho sintético a base de butadieno, derivado del petróleo, más barato de

producir, pero de menor calidad. Fue la primera empresa en desplazar a las compañías norteamericanas del ramo y en pocos años hacerse del monopolio del sector, lo que derivó, casi de forma natural, en la optimización de sus procedimientos técnicos para el desarrollo de nuevas tecnologías en múltiples campos experimentales como el de la biología sintética y la metagenómica.

Howard Pills se encontraba a medio camino en la escala productiva, un par de escalones arriba de servicio al cliente y un poco más abajo que un ejecutivo clase C, en el área de fondos de inversión para proyectos de desarrollo tecnológico de polímeros con efecto de memoria térmicamente inducido. Lo que no significa nada, tan sólo sirve para ubicar a nuestro personaje como parte de un cardumen en un hormiguero de jerarquías, una redundancia kafkiana. Para algunos una ficción a medias, para otros la realidad en apariencia que se confirma por el desempeño, el prestigio y el sentido de pertenencia reducido a una interdependencia higiénica, si todo sucede como está previsto por los manuales de operación.

\*\*\*

Después de un refrescante desahogo en un baño turco, a las faldas del Acantilado de Stevens, la mañana del 21 de diciembre de 1944 a. D, unas horas antes de la inauguración del museo, Howard Pills atravesó por inercia la barrera cuántica, transformándose al instante en una excepción narrativa de la realidad. En otras palabras, al trastornar el continuo

espacio-temporal a su alrededor, se convirtió en un evento de baja probabilidad existencial y máxima potencia disruptiva.

El milagro se hizo evidente durante la inauguración. Un hecho sin precedentes que superaba el entendimiento humano; exhalación de presagios o personificación del demiurgo. Un siniestro episodio de nuestra historia, se puntualizó en los medios. Un aparente signo de descongestión del método, argumentaron otros. Un camino hacia la salvación, pensaron algunos sofistas de los nuevos templos.

A partir de ese momento, nuestro mundo, articulado por dependencia lógica a la información, tendría que resignificar los procesos de creación de sentido, en especial aquellos que se identificaban como horizonte de realidad posible.

\*\*\*

Aconteció que alguien de entre el público hizo estallar algún dispositivo no identificado hasta el momento. Una semiesfera de color verde limón recubrió las instalaciones del museo, vaporizando la materia dentro de su perímetro, al tiempo que la reconstituía como objetos específicos sin correlación, esporas, piedras volcánicas, pepitas de oro, trozos de celofán, y, donde antes había estado la persona que ocasionó el desastre, quedó flotando una especie de holografía translúcida y bidimensional, como un trozo de tela plástica montada sobre la nada por cables invisibles. Todo quedó grabado por la cámara óptica de última generación de uno de los asistentes.

En un principio, el incidente causó revuelo internacional, confusión entre la comunidad científica y perverso ánimo de revancha dentro de algunos círculos esotéricos, para terminar archivado por las autoridades bajo la denominación genérica de Fenómeno Físico Sin Explicación Aparente. Al final, la zona quedó acordonada sin más detalles bajo resguardo de la Comunidad Europea.

Unos años después, cosa extraña, Howard Pills reapareció en el mundo, ocupando su lugar en la cadena productiva como si nada hubiera sucedido realmente. Dos explicaciones posibles ante esto:

1. La burocracia es incompetente y genera huecos a cierto nivel, desajustes en la operación por imperfecciones propias de la actividad humana. Lo que comenzó como un error en los procesos de contabilidad, fue resuelto por un despido oportuno que, a su vez, resultó en una huelga general que se resolvió por un trato entre los distintos jefes de sector, los líderes sindicales y ciertos directivos, mediante acuerdo de mejorar las condiciones laborales. Para el momento en que volvió nuestro empleado modelo, la compañía iba a toda marcha, en un proceso renovado que daba luz a nuevos proyectos e inversiones.

2. Howard Pills logró trascender su campo de percepción para articular una ficción propia más allá de sí mismo, como un campo cuántico de realidad expandida, convirtiéndose al instante en una entidad incorpórea de desdoblamiento transdimensional.

Es posible que ambas explicaciones sean ciertas confluyendo en un evento fortuito, porque son probables en la misma proporción. Howard, al salir del baño turco, ya no era Howard,

mientras que la CHICo, en ese tiempo superada por la demanda, y por presión de haberse convertido recientemente en marco de referencia del mercado de la goma de mascar, sufría de constantes retrasos burocráticos y problemas técnicos en el desempeño productivo, aunado a las condiciones deplorables para sus trabajadores, muchos de ellos inmigrantes de Pakistán, algunos más de Hungría o Polonia, y la mayoría de los técnicos de Israel.

El propio Howard atribuyó el cambio de percepción a una relajación profunda de su estado de ánimo, producto de la desintoxicación del cuerpo y la mente, resultado obvio de unas merecidas vacaciones. Además, todo sucedió en un parpadeo, como la metástasis inmediata de un cáncer por exposición a niveles muy altos de radiación, o el desbloqueo de un atajo en un videojuego, a través de la conversión de la realidad en ficción, y de ésta en un medio para acceder a la imaginación como potencia narrativa fuera del campo limitado del texto.

Y fue así, sólo que un poco más allá. En lugar de sufrir por el cáncer, había logrado reformularse como cáncer mismo de la realidad, multiplicándose aceleradamente, desdoblándose y superando cualquier límite posible, convirtiendo el mundo para sí mismo en un juego de realidad virtual.

\*\*\*

Pasaron dos años hasta que Howard-No Howard logró entender lo que estaba pasando. Periodo de tiempo que sucedió y no sucedió. Sucedió porque el planeta siguió en órbita.

No sucedió porque su conciencia se vio reblandecida, lo que ocasionó que sus pensamientos permanecieran dispersos y en fuga hacia la vastedad vacía del sentido. Dos años para que el proceso, por arte de magia o por inversión del campo mediante entrelazamiento cuántico, se resolviera sin explicación lógica convincente. Howard-No Howard no pensó al respecto, tan monótona era su existencia, que regresó de inmediato a la rutina. Desde su perspectiva, había vuelto a la cotidianidad perenne de hombre asalariado.

Sin embargo, la realidad a su alrededor se disgregaba constantemente. En apariencia era una, pero distinta cada vez, cambiando de manera abrupta, por procesos disruptivos fuera de toda lógica. Presentaba errores de consistencia, podía ser desde un zapato sin amarrar hasta una cafetería que se esfumaba en el aire, sin que nadie se acordara de nada.

Sólo después, sin mucho razonamiento de por medio, comprendió que algo discurría a su alrededor. Adquirió conciencia de su propia dimensión trastornada, absurda, pensando que sufría, por desgaste natural de sus capacidades, alguna especie de enfermedad mental. Pensándolo bien, no era para tanto, sólo estaba mal enfocado. Sí, era eso, lo intuía. A pesar de no saber cuándo ni cómo, había adquirido una especie de lucidez supraconsciente que lo elevaba por encima del sentido común, como una potencia invulnerable, capaz de cualquier cosa que se le pasara por la mente. Pero esta conclusión lo dejaba mal parado.

Entendió muy pronto el fracaso de la ecuación. Su naturaleza limitada, por una declinación de su capacidad creativa, a partir de su condición de burócrata, pervertía sus intenciones y

malograba su imaginación. En el fondo nunca llegaría a ser capaz de controlar sus poderes.

Lo que se le ocurrió fue seguir yendo al trabajo e idear un plan operativo para ascender la escala laboral a un ritmo sin precedentes. Lográndolo fácilmente, a la semana ya era parte de la Junta Directiva. Fue gracias a su intervención que la empresa pudo resolver problemas que antes eran suposiciones teóricas, incluso meras divagaciones alquímicas. Bajo su mando, la CHICo fue capaz de generar órganos humanos a partir de algas, tejidos complejos como piel biosintética, y el desarrollo de técnicas para la reconversión de algunos virus y ciertos tumores para beneficio del organismo huésped. “El futuro es el reino unificado de la conciencia universal”, pensó aquél que había renacido como preeminencia superior, incongruencia trascendental, bajo la máscara de Kosmos Cronenberg, en homenaje al director de cine que era reconocido por la crítica, de manera unánime, como maestro del horror corporal.

\*\*\*

Aquí se insertaría la pregunta del millón: ¿Cómo se derrumbó el castillo de naipes? Kosmos Cronenberg no era un dios todopoderoso, sino apenas un agente bizarro, en su acepción de raro y fuera de lo común, que intervenía e interfería a capricho la narración en curso, la cual es fluctuante y no lineal, aprehensible pero indecible como ficción en su conjunto. No ayudaba tampoco la estrechez de miras, ni su incapacidad para rebuscar en los cántaros llenos de oportunidad narrativa. Si la

imaginación era ilimitada, él era apático, soñoliento, relamido por lo redondo. Un abismo anestesiado flotando sin más.

Con el tiempo, perdió interés en los asuntos mundanos, sin antes unir los continentes en uno solo, hundirlos bajo el océano, invertir los polos, reconstruir a la humanidad, crear especies interdimensionales y ministerios encargados de regularlos, viajar por el universo, hablar con planetas, dar vida a planetas enteros, crear vida a partir de metano y silicio, casarse tres veces, una de ellas con una nube que adquirió conciencia propia. Por decir algo de lo mucho que hizo sin ninguna intención, tan sólo para pasar el rato. Unas últimas vacaciones antes de desaparecer.

\*\*\*

[Advertencia: Sepan los incautos que no hay más camino que el de la Ficción, a través de la revelación del Plan Oculto de la Ficción. Escuchen lo que se cuenta, pero olvídenlo todo. No hay destreza ni emoción alguna detrás del texto. El largo camino de la vida es convaleciente; la ensoñación, en cambio, es breve. La vida es rígida. El despertar es flexible. Busquen en su interior, ahí donde se embota el chorro de luz; el cosmos es metaficción contenida en simulacros.]

\*\*\*

Kosmos Cronenberg, al despertar de sí mismo, vio con claridad que no había más lugar que éste, su diminuto cubículo tapizado

con alfombra gris rata, uno entre tantos, en el mismo piso, igual que cualquier otro piso de las instalaciones laberínticas de la compañía. Más allá, estaba el pasillo hacia el elevador, que podía subir, hasta el vestíbulo minimalista de los directivos, o bajar hasta recepción, y de ahí hacia la salida bajo el cielo raso.

Sin apresurarse, pensó que en verano podría regresar al baño turco. Incluso se le cruzó por la mente la idea de invitar a alguna de las secretarías a que lo acompañase a visitar Rsdkdhk, un minigolf construido sobre las ruinas del nunca inaugurado museo Stevns Klint. Tal vez probar un corte de cabello a la última moda, o dejarse crecer el bigote a lo Chaplin.

Todos los días se inventaba un nuevo refrigerio. Algunos días decidía que era el cumpleaños de alguien que no existía, y el piso entero, el de los Ejecutivos Jr., comía pastel de betabel o aluminio con sabor a plátano. Nadie, salvo Kosmos, entendía nada. Sin embargo, todo mundo parecía disfrutarlo. Pequeñas alteraciones de sentido que refrescaban la convivencia diaria en un espacio hermético de realidad controlada y potencial mediocre.

\*\*\*

Un día, el empleado más cercano al garrafón de agua, dos cubículos de distancia de Kosmos, comenzó a sentirse “extraño” (así, entre comillas, porque los límites de lo que era extraño, para ese momento, se habían ensanchado casi al infinito). Al chasquear los dedos, o parpadear, no queda claro, se encontró cenando en una sala del Museo del Louvre acompañado de



cambio y fuera. Cambio y fuera, cambio y fuera. Cambio y fuera. Cambio y fuera. Cambio y fuera, amiguitos. ....

**Hermes Betamax** (CDMX, 1988). Misionero sin credenciales. Estudioso del Monstruo de Gila.

---

## ECOS DE METAL

CHRISTOPHER MEDINA G.

El Estado Mayor se reunió en la sala principal, aquella marmoleada repleta de un gusto soberbiamente impecable, con su colosal mesa redonda en el centro del todo. Como en los tres meses previos, el móvil estaba concentrado en la inspección de un cuerpo extraño surgido a la orilla del Mar Terreno. Debatir con el terrible hedor de café económico ya era rutina a esas alturas para los cruciales personajes que se congregaban por “sugerencia” del Señor, misma que ya todos reconocían ex profeso como moralmente obligatoria. Incluso ante la escasa existencia del voluntarismo personal, nadie se atrevería a perderse la oportunidad de definirse como grandilocuente ante los ojos de su superior tras la posible formulación de una buena idea. O al menos se saciaban con tener la información privilegiada que posteriormente vendían de contrabando a los reporteros por un par de *setis*, la moneda global.

Por supuesto, el tráfico de la data oficial, que ulteriormente se convertía en noticia tendencia, tenía su respectivo sello de ilegalidad que los privilegiados esquivaban por medio de sobornos anónimos. El Señor no se metía demasiado con los medios de comunicación a menos que los vendedores

de primicias delataran alguna que otra herejía, la cual sería erradicada de raíz, apenas dejando rastro de su existencia.

La ensenada aún se empapaba de los ecos metálicos que disponía el famoso armatoste por la extensa playa, reuniendo su arena morada alrededor de este, como entusiasta por contemplar la extrañeza del evento. Aunque había sido un espacio regularmente desprovisto de vida, para entonces enormes muros amarillos de plasma refrigerado se alzaban desde el final de la Avenida Demeter hasta cubrirlo de península a península, sin permitir el paso de ni una mota de polvo al gigante de hierro. Los comercios habían sido clausurados sin compensación, apenas una modesta *recolocación* fue ofrecida a dos de los propietarios. A pesar de la ligera oposición a la medida, emergida desde los espacios académicos, las colosales paredes se terminaron instalando durante seis semanas y cuatro días: tiempo récord. Inteligencia reportó que dieciséis gaviotas, dos niños y un adulto mayor habían resultado heridos: una cuota aceptable para el Señor, quien decidió que valía la pena el riesgo hasta encontrar consenso.

—¡Yo te puse en este lugar! Muéstrame un poco de maldito respeto —recriminó el Señor al Jefe de Operaciones: el único que tenía el valor de discrepar con el anciano supremo. No importaba si era en público o en privado.

No obstante la gran diferencia de edad, se terminaron de formar a la par como hermanos no consanguíneos, lo que le permitía, según el Jefe, discutirle sin el temor de ser asesinado, o desaparecido, como los demás. Seguir cuestionando el fútil letargo de la ejecución no hacía juego con la idea oficial de esperar el momento justo en que no hubiera dudas de hacer tal

o cual cosa. Esperarían años, según sus posibilidades. De ser por el Jefe de Operaciones, al día siguiente él mismo entraría en la cápsula sin ningún tipo de protección corporal, sin el apoyo de nadie más, sin armamento o escudos; le parecía ridículo perder el tiempo sin averiguar qué era esa cosa, de dónde venía y, más importante, qué contenía.

La reunión se clausuró, con la encomienda de retomarla dentro de quince días, pues el cumpleaños del Señor estaba cerca, ergo, se venían tiempos bastante movidos para la nación. Cada uno de los presentes dispuso un beso seco en la mejilla derecha del supremo y agradecieron así por sus vidas. La Jefa de Inteligencia siempre mordía por dentro de sus labios ante el asco que esto le producía, provocándose duras llagas que solían curarse tras dos o tres días sin alimentos calientes. El Mayor, encargado militar, se atrevió a expresarle su felicidad por tener la suerte de poder contemplar un año más de vida de quien le había brindado tanto; incluso una lágrima viscosa le recorrió el rostro, mojando las túnicas rojizas, con toques blancos, del viejo.

—Desagradable —se limitó a decir el Señor en cuanto habían salido cada uno de sus subordinados, sacudiendo sus ropas.

En cuanto la Madre Superiora desapareció solemnemente por el profundo pasillo, el supremo le ordenó al Jefe de Operaciones que se quedara, señalándolo con su dedo huesudo, el cual, a pesar de delatar su avanzada edad, conservaba una inquebrantable autoridad. Lamentó el haberle gritado, como si no fuera la constante de sus interacciones frente al resto, y besó sus labios, advirtiéndole enseguida que no debía ser tan obstinado en contrariarlo. “Sabes que tengo la razón” era la frase de rutina que solía escuchar el Jefe, despertando

siempre en su psique el ímpetu de defender a su Señor hasta la muerte. Seguiría siendo el elemento rebelde del grupo, claro; no obstante, aquel poder continuaba causando considerables efectos en sus convicciones ocultas.

\*\*\*

El Mayor, después de indicarle al personal militar las fechas y los horarios específicos en que debían presentarse para los preparativos de los festejos, tomó el transportador flotante y le solicitó a su chofer de confianza ir con más calma, compró un pan de plátano con chispas estelares y se dirigió a su hogar en una privilegiada zona residencial. En casa hubo de encontrarse con la típica nube de indiferencia por parte de su numerosa familia, quienes lo ignoraban ya por reflejo; solo su simio lo saludaba saltando encima de sus hombros cubiertos con un saco verde, un curioso animal marrón que habían adoptado después de una misión de rescate en el planeta vecino. Así le llamaron a la hazaña, “rescate”, pero sólo él y algunos del personal sabían que realmente se había tratado de una movilización de arresto en son de atrapar a seis rebeldes que conspiraron alarmantemente colocando una bomba ácida en la biblioteca pública, aquella a la cual solo tenían acceso ciudadanos clase D —los del Estado Mayor y sus familias directas—, así como limitados permisos para los de clase A —funcionarios y trabajadores con buen rango en el sector público, regularmente con puestos heredados.

Ninguna de las otras veintinueve clases podía acceder a documentos, archivos y escritos que permanecían censurados por el Señor en ese lugar sagrado. Seguían preguntándose cómo habían obtenido acceso aquellos desertores; aparentemente, tras años de tortura, ya no había testigos vivos de la fechoría. Un buen puñado de textos desaparecieron, el Estado Mayor los dio por perdidos tras seis meses de búsqueda.

\*\*\*

Por su parte, después de la magna junta, la Jefa de Inteligencia se quedó un buen rato en las oficinas, tenía que identificar algunas credenciales encomendadas desde Planeación. “¿Cómo se atreven esos imbéciles a darme órdenes?”, pensó, aunque jamás diría nada al respecto, le convenía conjuntar sus labores para no ser acusada de traición moral o, peor aún, de sublevación. Siempre le había parecido curioso que su avanzado país, en términos tecnológicos, incluso psico-quinéticos, fuera tan anticuado en cuestiones sociales. La luz neón siempre le causaba jaqueca; para colmo ese día tuvo que quedarse una hora más tras finalizar su turno. La paga extra: un buen puñado de hierbas medicinales. Ella estaba obligada a tomar el tren como las demás, pues su rango de clase D no la defendía ante la imposibilidad de obtener un permiso de tránsito común con la facilidad que sí tenían los portadores de penes; no era un transporte tardío o tan incómodo como los colectivos, sin embargo no dejaba a algunas tan cerca de sus hogares. A la Jefa le tocaba caminar 26 minutos hasta su edificio azul en

el centro. Le gustaba pensar que la activación física *per se* le hacía bien a su cuerpo, no como ellos, que solían morir por enfermedades cardiovasculares. Era su consuelo ante la parcial balanza de todos los malditos días.

\*\*\*

El Jefe de Operaciones tenía que quedarse diario hasta que el Señor concluyera sus necesidades fisiológicas, hiciera su ronda diaria de acoso al personal, esnifara sus polvos lunares exclusivos que le traían solo a él desde algún satélite natural deshabitado y se tardara mil años en bajar los escalones que ya no tenían tregua con su marchita edad, con su cuerpo cenizo. Entre respiraciones demoníacas y sudores amargos, ese día, por fin, el supremo se atrevió a ordenar lo que ya todos imaginaban: para cuando volviera de sus festejos, era vital ya haber reemplazado esas antigüedades por un *tubo elevador*. Los tubos elevadores consistían en el traslado del cuerpo físico a través de un conducto magnificado con fotones.

El Jefe de Operaciones inspeccionó el vehículo del Señor, a su chofer de turno, y se despidió con un beso en la mejilla izquierda.

—Deja de pensar en eso o se te quemará el enclenque cerebro que tienes. Recuerda que aún lo necesitamos —bromeó el supremo, con su risa escandalosa que nadie más podía acompañar so pena de multa, haciendo ademanes con la mano que significaban darle velocidad a su despedida—. Te necesito fresco para mi cumpleaños —concluyó, recargando su nuca en

el respaldo. Al cerrar la reja de energía, el vehículo se elevó, desapareciendo entre los edificios cerúleos cobijados por la noche.

El Jefe volvió a la entrada, revisó que el contador estuviera acercándose al cero, dio un vistazo asegurándose de que ya no hubieran más almas trabajando para cuando él se marchara.

La última en salir fue la Jefa de Inteligencia. Se sonrieron recíprocamente al notarse y, cuando ella partió por el callejón, el Jefe verificó el conteo para cerrar el acceso a la construcción con su brazaletes de piedra. Ese tipo de artefactos eran únicos en su clase: se construían con materia espacial de astros moribundos y se incrustaban permanentemente en los brazos de jóvenes que serían enfrentados por el Estado en el gran concurso laboral. La mayoría de aquellos participantes morían por la mano del Jefe de Operaciones; a veces podía notar ciertas manchas en su brazaletes: la sangre arrancada de sus adversarios.

\*\*\*

El Señor despertó justo cuando había arribado a su mansión, el palacio cristalino, inconfundible, que se erigía en un monte rocoso rodeado de vallas de aluminio. Se levantó con torpeza senil y agradeció al chofer.

—Serviste bien. Serás recompensado después de la muerte. ¡Que viva el Estado! —enunció el supremo con gran calma, disparando con su mano temblorosa justo en la cabeza del empleado, quien sabía su destino desde que aceptó aquel trato,

el que beneficiaría económicamente a su familia por cinco cortos años.

Todos los días había un chofer nuevo que terminaba muerto con la intención de resguardar la seguridad del Señor, construyendo una privacidad hermética para la población que, ingenuamente, desconocía el lugar exacto de su residencia. Solían ser hombres a quienes contrataban por honorarios, aunque de vez en cuando se colaban algunas mujeres, y en su mayoría eran prisioneros que encontraban la misericordia mayor. Por una sola noche se les hacían pruebas, así como entrenamientos especiales con la intención de eliminarles cualquier rencor. Muchos creían que aquellos individuos obraban mal a propósito para, después de ser arrestados, intentar mejorar las vidas de sus hijos o parejas; lo cierto era que, en realidad, los sectores pobres ya no soportaban vivir, por lo que preferían delinquir, tener un poco de comida, hacer un buen trabajo para el supremo y por fin descansar en paz. Sin embargo, era relativamente fácil ser encarcelado, así que los menos suertudos también jugaban con sus cartas después de aguantar las torturas orquestadas en esas terribles prisiones.

Solo el Mayor contaba también con chofer, aunque el suyo era fijo. Las únicas ocasiones en que conducía su transportador por cuenta propia era cuando le tocaba cumplir con su obligación matutina con el supremo.

El Señor, casi tropezando con su ridículo calzado, y después de haberle cortado un par de dedos al cadáver, lo pateó al mar, donde se encontraría eventualmente con decenas de cuerpos inflados que más tarde retiraría la brigada de limpieza para dar de

comer a los caballos. Procuraban recogerlos frescos para evitar enfermedades en los animales.

Al interior de la mansión de cristal, la estatua de su juventud lo recibía como siempre: brillante, representándolo fuerte, erguido y esbelto, una imagen tan lejana que a sus ojos ya le parecía un sensual extraño. Dos androides le retiraron las túnicas, dejándolo completamente desnudo.

—En definitiva, una mejora sustancial —dictaminó uno de ellos, palpando los testículos aún inflamados del Señor. En realidad no había progreso alguno, pero los había programado para entregar únicamente buenas noticias.

—Una mejora sustancial... ¿qué? —preguntó el supremo.

—Una mejora sustancial, Señor —contestó el androide, casi lamentando su grave error.

—Buenas noticias. Muy buenas noticias, sí. Recuérdame reprogramarte más tarde, F-6 —terminó el anciano, mientras le arrancaba secamente una oreja rellena de cables a su creación.

Se metió en la fuente con agua tibia que adornaba la gran entrada.

Después del ritual de llegada, se secó con su habitual toalla. En el salón principal yacían una serie de cyborgs que él mismo había construido: seres robóticos en plenitud, dotados de algunos pedazos humanos que les proporcionaban diferentes aptitudes o utilidades, vestidos con ropas que encendían su imaginación más profunda. Solía utilizar los vehículos oficiales para mejorar a sus amalgamas vivientes, y las demás piezas provenían del Estado Mayor para su reciclaje, valor fundamental de su mandato. Con aquellas invenciones, el supremo saciaba su sexualidad, también practicaba su rígida socialización o asignaba tareas hogareñas.

Colocó los dedos del chofer en su más reciente creación, un cyborg casi infantil, encajando los huesos expuestos en los espacios que había dispuesto tres noches antes. También le entregó la oreja del androide recién mutilado, diciéndole que su primera tarea sería descifrar los errores ocultos en aquella amalgama, que estaba ansioso por saber de qué era capaz.

\*\*\*

En su departamento, un penthouse en la torre más alta del mundo, accesible sólo a través de un búnker con un tubo elevador, el Jefe de Operaciones intentó dormirse temprano, luchando por distraer sus pensamientos heréticos, repitiéndose la obsoleta idea de que era mejor no entrometerse en el asunto del objeto en el mar Terreno.

No pudo. Ya era de madrugada y el martillo en su cabeza jamás cesaba; se resignó, una vez más, al dominio inevitable del insomnio.

Se sentó frente a la gran ventana, con vista a media nación, de aura purpúrea, sostén de la vida de millones en quietud. Era una de sus escenas favoritas, capaz de provocarle una deliciosa melancolía, aunque implicara amanecer con un dolor de cabeza intenso que le bajaría las defensas por un día entero, o dos. A lo lejos, el penetrante reflejo de la cápsula atravesó las barreras de plasma y llegó hasta sus ojos irritados, sintió como si una voz le recordara que la esperanza siempre vivía hasta en el ser más abrumado por las injusticias. Estaba consciente de que los números oficiales eran maquillados, realmente ocurrieron

varias muertes por gente que se acercó a los muros artificiales, y muchos trabajos fueron pausados; mantenerlos allí era una estupidez para su juicio, cada segundo arriesgaba aún más a la población.

A lo lejos, un objeto extraño se elevó hacia el cielo nocturno: un vehículo.

No lo podía creer; resultaba imposible que aquel transportador fugaz estuviera circulando en ese horario, cuando el toque de queda era sagrado para todos. ¿Quién se atrevía a cometer semejante crimen?

Cuando el objeto dejó de elevarse y ya era casi imperceptible desde su domicilio, comprendió que se dirigía hacia la playa; entonces se despertó su alarma interna. El Jefe de Operaciones tomó las llaves, bajó por el búnker sin importarle el ruido de sus zapatos, salió del módulo de seguridad privada y, fijándose que no hubiera nadie, apagó las cámaras con su brazalete para abordar su vehículo. Los transportadores eran habitáculos universales de energía en forma cuadrada o circular que se elevaban flotando a través de frecuencias predeterminadas, aunque los más listos sabían cómo romper con esos modos preestablecidos para circular de forma libre con el apoyo de su propio peso corporal. Si lo atrapaban, pensó, recurriría al pretexto de haber perseguido a algún desertor que lo había despertado con el suave ruido de su trayecto. No obstante, él sabía que su curiosidad reinaba, y la oportunidad de, tal vez, acercarse al objeto, le parecía particularmente excitante.

Aún le quedaban horas para que la nación despertara, justo a la par en que lo hacía el Señor, nunca antes, jamás después, por ley...

Valía la pena arriesgar una noche.

El Jefe de Operaciones sintió un escalofrío en la nuca cuando pasó montado en su transportador a un lado del Centro Celestial Nacional, no sabía si su brazalete haría efecto a esa distancia, pero igual intentó desactivar las cámaras que se mantenían encendidas toda la noche y eran verificadas cuadro por cuadro por el personal diurno, así como las cámaras del día correspondían a los empleados nocturnos. Contaba con la ventaja del nulo monitoreo en tiempo real. Mientras se acercaba paulatinamente a su destino, miraba por el costado la brillante mansión del Señor, como un cachorro asustado que, de todos modos, no detendría sus penosas travesuras. Se preguntaba qué le diría si lo viera en esa posición, cómo reaccionaría al contarle al resto del Estado Mayor que había descubierto sus herejías, cuál sería su sentencia. Cuando el impulso de arrepentimiento estaba cerca de abrazarle los huesos, tuvo que girar abruptamente al casi chocar con un letal muro de plasma refrigerado, detuvo su andar y recobró la compostura tras una serie de exhalaciones alteradas. Detenido en el aire, vio por el otro lado de la pared amarillenta, y ahí estaba el transportador celeste arribando a unos doscientos o trescientos metros del objeto metálico. El Jefe pensó que era una buena estrategia en caso de tener que recurrir a una huida repentina, así no podían estropear sus medios de escape con tanta facilidad. Tal vez.

Bajó por el lado contrario, colocando cuidadosamente su vehículo en la húmeda arena morada y apagando la potente luz que cubría su exterior. Cuando salió, se detuvo sin pestañear, intentando escuchar algo, aunque solo las olas lo saludaban, advirtiendo la calma consumada en esa solitaria playa. Caminó,

con limitada movilidad debido al suelo irregular, hacia la cápsula. Llegó a ella por su costado, preguntándose qué sucedía en el lado contrario. No entendió en dónde se encontraba la otra persona, por qué no estaba enfrente buscando cómo entrar, y eso casi lo distrajo de contemplar el artefacto, de maravillarse con su estructura ovalada, cual esfera planetaria que expandía y contraía sus aceros a niveles diminutos, chillando con un elegante eco. Volteó de nuevo, percatándose de algunas huellas de pies que no había notado antes: la persona ya había llegado; de hecho entró en la cosa sin que él se diera cuenta, ¿pero cómo?

“Este tipo debe estar muriendo de claustrofobia”, se dijo, pues el cacharro era apenas del tamaño de un árbol pulpo; es decir, claro que cabrían una o dos personas, pero no era un artefacto particularmente grande.

Su respiración se agitaba mientras acercaba sus heladas manos hacia el aún más helado aparato que lo invitaba a curiosear. Se encontró de súbito palpando la superficie de acero, un tacto finísimo que se volvía placentero a pesar del misterio, del peligro inminente de estar vivo en ese instante y en ese lugar. Tras minutos de examinación, dando vueltas e intentando con distintos dedos, el Jefe creyó que sería inútil averiguar más al respecto, que mejor esperaría a que el intruso abandonara la locación. Tenía que salir, ¿no?...

El aburrimiento se hizo presente. Los minutos se estiraban, y él, vencido por el sopor, empezaba a dormitar sentado sobre una piedra inmensa, con la espalda vuelta al plasma. Curiosamente encontró la calma en aquella artística puesta en escena. Las luces amarillas envolvían sutilmente el rededor de la cápsula, enmarcada por la bella estampa nocturna: dos lunas alzándose

desde un lado del firmamento; el otro exhibía un planeta anillado, el más grande en toda la galaxia. Las aguas, el metal, el viento, complementaban la experiencia que ya no era solamente visual, sino también auditiva. Se quitó los zapatos. La arena, fina como polvo, se deslizaba entre sus dedos, y de vez en cuando una piedrita le rozaba la planta del pie con una suavidad sorprendentemente agradable.

Se expuso de más; se estaba quedando dormido en su ya de por sí peligrosa situación. Tuvo la gran suerte de escuchar un dejo de esclusa que se movía en dirección norte, prohibiéndole rendirse ante el conteo de borreguitos. Con los zapatos en la mano derecha, e intentando tener más cautela todavía, rodeó la cápsula, así podría sorprender al implicado desde la retaguardia, pensó, tener ventaja por si necesitaba atacar o defenderse. Armado con un puñado de guijarros que discriminó entre los fragmentos del suelo, se acercó hasta lograr ver algo. Una puerta metálica, de al menos dos metros de alto, se elevaba revelando una entrada resplandeciente, deslumbrante, desde donde emergía una figura humana.

No podía creerlo, la confusión y mil dudas dominaron su cuerpo, petrificado ya por la impresión. Los ojos de ambos chocaron, y los de la otra parte se abrieron casi dolorosamente debido al terror de encontrar a alguien más descubriendo su traición, su pecado mortal. La cápsula se cerró nuevamente, dejando al Jefe de Operaciones otra vez solo en la incertidumbre de la nada.

En medio de la confusión, intentó formular alguna suerte de plan que le permitiera entrar sin hacer mucha bulla. De pronto, sus pelillos se erizaron en un calambre corporal que lo hizo

retorcerse. Las aguas le hablaban, le pedían voltear. Y así lo hizo, encontrándose entonces con el cuerpo flotante del hombre a quien él mismo había verificado en el vehículo del Señor como chofer. Se estremeció horrorizado por el dantesco encuentro, pegándose a la cápsula, como buscando protección por parte del frío objeto. Hacía tanto tiempo que no veía un cadáver real.

El horror finalmente lo orilló a gritar sin importar le las consecuencias; solo buscaba escapar de la terrible escena.

—¡Ábreme, abre esta cosa o te arrepentirás! ¡Lo digo en serio! ¡No me dejes aquí! ¡Por el Estado, abre de una buena vez! —suplicó, malabareando sus intenciones entre petición, amenaza, o ambas a la vez. Creyó que podía negociar, utilizar su posición a su favor. Se debatió entre la amabilidad y el chantaje. ¿Cómo podía decidir cuál sería su próxima carta en juego cuando no tenía idea de lo que le pasaría? Solamente estaba seguro de una cosa: deseaba entrar y ver las entrañas del objeto; preferible arriesgarse con quien estaba infringiendo las mismas leyes que él, que seguir escuchando los ruidos que jamás imaginó que un cadáver bañado en agua podría emitir. Lo que haría con la otra persona era lo de menos, delatarla, perdonarla o incluso unírsele, eso ya era un asunto aparte.

Comenzó a lanzar guijarros y a golpear la cubierta con sus zapatos, provocando un riesgoso ruido que se incrementaba con su desesperación. Cuando se le acabaron los proyectiles retrocedió para buscar piedras grandes, mojadas, preparadas para continuar el estruendo. Un mal paso lo volcó por los suelos, no solo propinándole una dolorosa torcedura de tobillo, sino también jugándole la sórdida broma de ponerlo frente a frente con el occiso. Escupió el agua que se había colado en su boca por

el sobresalto, y se puso de pie tomando más piedras en el acto. El asco y la ansiedad se apoderaban de su cuerpo.

\*\*\*

Desde adentro, el repiqueteo del metal se escuchaba con más intensidad, ponía los pelos de punta por el miedo de que tal escándalo llegara a oídos de cualquiera. Fue una decisión inevitable, tenía que abrir la puerta para que ese hombre calmara su alboroto. Y así fue, un vapor cuasi místico delató que el acceso había sido concedido. El Jefe recobró la calma, observó con cautela el gran escalón y por fin, sin intención de volver a ver al muerto, entró a la cápsula.

Era una verdadera locura ahí dentro, como si una caja sorpresa de tamaño discreto guardara miles de regalos dentro de sí: el lugar era inmenso comparado con su imagen exterior, similar a una base militar secreta de las que solían disponer los satélites del Estado Mayor. Se colocó los zapatos húmedos y cada paso hizo eco en el interior de la esfera, repleta de componentes, tuberías e interruptores. Desde el pasillo donde se encontraba —conectado a la entrada y la salida—, se alcanzaban a ver tres corredores al frente, ramificados hacia la derecha y hacia la izquierda. Al fondo, detrás de un vidrio impecable, se alzaba una máquina imponente. Aún estando apagada, daba la sensación de ser la madre de todo el cacharro.

Tenía que intentarlo, entonces el Jefe de Operaciones trató de manipular algunos de los controles con su brazaletes de piedra, mas fue en vano. Nada respondió a su varita mágica. Se sintió

ridículo al darse cuenta de que no todo se trataba sobre él, sobre las cosas que sí conocía o de las que era dueño.

Giró por el primer pasillo a la derecha, rumbo a una sala parecida a una cabina de pilotaje. Su agitación era intermitente. A unos diez metros de distancia, la puerta negra se abrió por sí sola. Lo tomó como una invitación, así que se limpió el agua del rostro y cruzó el umbral.

—Podría creerlo de todos, incluso de la Madre Superiora, pero no de ti —expresó una voz tranquila, con sus debidos toques burlescos que lo señalaban como delincuente.

—A ti es a quien debería de darle vergüenza. ¿No sabes que es de mala suerte tener a una mujer a bordo? —respondió pícaramente el Jefe a su compañera, quien ya no guardaba ninguna reserva ante él.

—¿Y tú no sabes que los hombres no pueden hacer dos cosas a la vez?

La Jefa de Inteligencia estaba recargada sobre una consola, jugueteando con una silla giratoria que podía moverse exclusivamente por un riel hacia cuatro direcciones en cruz. Había una ventana que permitía ver el exterior desde adentro unilateralmente, y los pósters, pancartas, recortes pegados por las paredes, así como latas de sardinas en tomate vacías, eran evidente reflejo del buen tiempo que la mujer había estado pasando allí.

—Tienes que aprender a relajarte, amigo.

—Hay un cadáver afuera.

—¿Y qué? Tú y yo sabemos que no es la primera vez que convives con uno.

Ofendido por el desentendimiento de su fobia traumática, el Jefe de Operaciones arrebató la silla a su semejante, postrándola en el centro y sentándose en ella, intentando con todas sus fuerzas transmitirle autoridad para así cambiar los papeles.

—Explícate. ¿Quién eres exactamente y qué haces aquí?

—Bueno, ya sabes, soy Jefa de Inteligencia, hago esto y aquello. Sirvo al Estado Mayor del Señor, como tú. Clase D.

Dando un manotazo en el apoyo para brazos, el Jefe sugirió dejar de jugar o andarse con bromas, y empezar a dar respuestas reales. Estaba por amanecer, entonces el Señor despertaría y ahí deberían temer por sus vidas.

—Supongo que tienes razón. Sugiero que salgamos y...

—¡Nada de eso! No saldremos hasta que hagas lo que te digo, ¡carajo!

La Jefa de Inteligencia no se inmutó ante la cólera de su colega, de hecho, se llenó de seriedad y entendió que no tenía opciones en ese instante. Cooperaría desde su conveniencia.

—Vine aquí la primera noche, intenté entrar por la fuerza, incluso rayé la superficie de la base, no sé si notaste los rayones verdes. Sé que le pusieron fecha al descubrimiento, pero no fue ese día cuando surgió, fue un par de semanas antes, solo que ya nadie frecuenta esta sucia playa, ya no, ni siquiera los del Ministerio. Fue en el tercer día que decidí quedarme más tiempo y entonces lo logré. Bueno, no diría exactamente que lo logré por mis habilidades. No preguntes cómo, simplemente se abrió ante mí, después de horas de intentar de todo. Lo hizo. No vivo aquí, obvio, solo me quedo a veces cuando no puedo dormir.

Los ojos de la Jefa le inspiraron seguridad al Jefe, quien se daba cuenta de que su mirada era una confesión genuina. Tras un largo silencio, ella entendió que él necesitaba más.

—Ya te dije quién soy. No dirijo un grupo secreto conspiracionista, ni estoy bajo órdenes de otro planeta. Soy de aquí y trabajo para el Estado Mayor, simplemente sentí curiosidad. Incluso el riesgo no podía detenerme, siento una especie de conexión con esta cosa. Me llama sin decirme nada. Y tú, “señor correcto”, no voy a creer de tu mojigatez, sé que no viniste para hacer tu trabajo o para ayudar al Señor, en ese caso estarías en tu cama durmiendo como el resto. También te llama, ¿verdad? Lo sientes dentro de ti.

El hombre apartó la mirada, a punto de mentirle y decir que la entregaría para que la torturaran y aprendiera su lección por impura. Mordió su lengua, pues decidió ser sincero no solo desde su pensamiento, algo que pocas veces en su vida había ocurrido. Ya no tendría las cadenas que lo habían atado, por lo menos no con ella. Asintió con la cabeza, delatando su sentir para después mostrarle la emoción en sus ojos por encontrar a alguien que también podía comprenderlo. Quería abrazarla y llorarle en el hombro por el resto de su vida. Y ella estaba dispuesta a compartir con él su pequeño espacio siempre y cuando pudiera conocerlo más. Por supuesto, sus interacciones eran prácticamente nulas hasta antes de ese día, pues en el Centro apenas y concordaban en algún pasillo de vez en cuando, y el Estado Mayor callaba; todos los integrantes se fundían en sus pensamientos sobre qué decir, qué proponer o a quién delatar en la junta de turno, donde planeaban compulsivamente

sus discursos puritanos que los dejaran bien parados con el supremo.

Se prometieron guardar silencio y respaldar sus pellejos mutuamente. Comulgarían a fin de escapar ligeramente del mundo rancio en el que se encontraban. Además de compartir el espacio, tendrían con quién hablar, con quién debatir, podrían incluso mejorar sus estrategias en el trabajo y hacer más llevaderas sus aburridas rutinas. Tendrían su primera amistad en la vida.

\*\*\*

Volvieron a encontrarse al día siguiente; el cuerpo del chofer había desaparecido, aunque en la ensenada se percibía una baba verde: seguramente obra del cadáver. La Jefa de Inteligencia le mostró cómo es que accedía a la cápsula. Su rito consistía en pegar sus manos y su frente en el gélido metal, haciendo círculos con las palmas en direcciones contrarias, después se apartaba, soplabla en donde debiera estar la entrada y tras un par de minutos se accionaba la compuerta. Dijo que no sabía si lo estaba haciendo correctamente o si eran necesarios todos sus pasos, pero funcionaba y eso era más que suficiente para ella.

Limpiaron la cabina, sacaron las latas y basurillas que ahora la apenaban ante las *visitas de renombre*. Mojaron el piso y lo tallaron fuertemente con trapos que el Jefe había traído de su departamento. Dejaron el lugar casi tan brillante por dentro como lo era por fuera. Él estuvo a punto de lanzar las bolsas de basura hacia el agua; ella lo detuvo diciéndole que esas eran

pistas para cavar sus tumbas, lo convenció de que cada quien llevara un poco a sus casas para tirar los desechos allá, y prometió mejorar su higiene ahora que compartirían la cápsula, un plan que al hombre le parecía placentero, lo hacía sentir incluido en el futuro de alguien más.

El Jefe casi olvidó preguntarle cómo es que tenía un transportador y podía manejarlo. Ella confesó que lo utilizaba exclusivamente para ir a la playa, era un regalo de su padre, quien fue ciudadano de clase A mucho antes de la última guerra. Lo tuvo por décadas inutilizado, hasta que surgió la cápsula. El resto del tiempo usaba el transporte público como le correspondía a las mujeres de su clase. A la pregunta de si le irritaba esa situación, no pudo contener las malas palabras, haciéndole notar su enorme descontento con las desigualdades evidentes de las que nadie se quejaba. ¿Cómo es que no había ni un rumor de levantamiento desde hacía tanto tiempo? Y cuando eran descubiertos algunos cuantos, en realidad eran insignificantes, faltos de seriedad propositiva, o sencillamente bromas de mal gusto.

—Tal vez juntos, si logramos convencer al Mayor y a sus esbirros, tendríamos una oportunidad, podríamos cambiar las cosas, crear algo diferente —dijo la Jefa, hundida bajo su impotencia.

Él no contestó, pues era algo que ya había pensado por lapsos, algo que en todos sus escenarios mentales terminaba pésimo y que aún así le entusiasmaba intermitentemente. Su compañera ni siquiera lo miró al no querer descubrir si concordaba con sus ideas, sentía temor por ver sus ojos y que él la juzgara con el asco recurrente de los más adeptos al sistema.

De todos modos descargaría sus pensamientos en el Jefe de Operaciones puesto que ambos estaban comprometidos ya en un delito grave. Quizás eran partícipes del peor de los pecados cometidos por algún ciudadano de su clase. Lo sabían, y sus miradas en el piso demostraban esa culpa que intentaban eludir sacando nuevos temas de conversación o sugiriendo preparar la cena lo más pronto posible. En esa segunda noche, ya con un contrato hablado establecido, dispusieron dos buenas *truchólicas*, pescados nacionales que habían mutado y portaban tentáculos que hacían más sabroso su consumo; un ceviche era el platillo de preferencia ante tan conveniente animal. Y así lo hicieron, los prepararon con limón, salsas, cebolla que el Jefe ya llevaba picada y un par de verduras importadas que le llegaron por paquetería a la Jefa de Inteligencia el mismo día.

Tras el manjar que habían inventado esa noche, salieron y se dieron un fuerte apretón de manos que irradiaba alegría, un entusiasmo que casi dominaba la playa entera. Era un lujo para ellos conocer a alguien de forma tan cercana, lo que hacía que valiera la pena el peligro.

Habían acordado usar un solo transportador por si los atrapaban y que, si veían manejando a un hombre y no a una mujer, probablemente no causaría más penas de las que les podían asignar en la corte. Se turnarían. En esa ocasión le tocó a ella, quien dejó al Jefe en el módulo de seguridad privada, el cual quedaba de paso, y solo tuvo que conducir un par de minutos, minimizando el riesgo, según ellos.

Para el tercer encuentro él preparó un programa especial: esa noche le mostraría algunos libros que solo el Señor podía leer, mismos que le había regalado cuando sus dolencias testiculares, aún latentes, se convirtieron en un problema real. Los heredó tan pronto porque tal vez lo veía como un sucesor potencial ante el peor escenario.

Así mismo, el Jefe intentaría colocar sus discos láser de música en alguna ranura de la gran consola; le enseñaría la mejor pizza de la ciudad; y con broche de oro, por fin abriría la conversación sobre el origen de la cápsula. Sería una larga velada, pero también se divertirían como nunca, pensó. La pizza ya preparada les ahorraría bastante tiempo a comparación del ceviche.

Estaba tan nervioso que casi chocó cuando llegó a aquel edificio azulado del centro; era su turno de manejar y recogerla. Ella salió de prisa para no alertar a nadie. Llevaba consigo bolsas de basura y una enigmática caja de herramientas.

Ya en la cápsula, el Jefe tomó la iniciativa, comenzaría con *Saberes Fuente*, una suerte de enciclopedia narrada que recopilaba historia oculta de su civilización y que, estaba seguro, la dejaría impresionada.

—Tengo que decirte algo —interrumpió la Jefa—. Sé que debes haberte preguntado qué es esto realmente, de dónde vino y a quién pertenece. Necesito confesarte lo que he averiguado antes de que continuemos.

El hombre sintió alivio al saber de qué se trataba, pues no cambiaría su plan, hecho que lo hubiera deprimido un poco. El orden de los factores no altera el producto, dicen. Guardó su libro nuevamente, se dirigieron a la sala (como llamaron a

la cabina de pilotaje), donde pasaban prácticamente todo su tiempo mientras se encontraban dentro, y se sentaron en el piso metálico que ya lucía decente, producto de su limpieza anterior.

—El día uno, cuando entré por primera vez, este lugar todavía contaba con energía. De hecho, la máquina del pasillo emitía luces y susurraba sonidos agudos. Aquí en la sala, la cápsula parpadeaba por todos lados, era como si estuviese agonizando. Tal vez te diste cuenta de que hay un botón naranja enorme, uno que destaca sobre los demás de la consola. Cuando lo presioné todo esto se oscureció, como si las ventanas hubieran creado una barrera y ni siquiera la intensa luz de la noche pudiera colarse.

—Con cada palabra se ponía un poco más nerviosa. Tras una breve pausa, señaló hacia el suelo—. ¿Puedes ver ese agujero? De ahí emergió una luz y pude presenciar algo que definitivamente no he podido describir hasta hoy. Su rostro era tan horripilante que entendí que su procedencia no debía ser de este mundo, o por lo menos no de los lugares que conocemos. Me miraba fijamente como si entendiera mi presencia, aunque no lo sé, yo diría que era algo pregrabado. Es todo. He intentado reiniciar esta cosa, fracasando a diario, y sé que me queda poco tiempo mientras siguen pasando los días. Necesito tu ayuda, por favor. Temo que pueda ser una amenaza.

El lejano ruido de las olas fue lo único que se escuchó. Ella sentía los ojos llorosos, pensando que quizás era muy temprano y hubiese sido mejor esperar más días o semanas para revelarles aquello que no la dejaba dormir. El Jefe la tomó del hombro con firmeza, le regaló una sonrisa y afirmó con la cabeza. La palabra “gracias” salida de la boca de ella estaba envuelta de una

emoción genuina que fue confirmada por su consecuente llanto liberador.

—Pero antes... —dijo él, poniéndose de pie para comer un trozo de pizza, y bajando el resto de ella para que su compañera pudiera tomar un pedazo—. ¿Sabes de dónde viene este maldito queso? Del planeta Tierra. ¿Puedes creerlo? Tenemos que ir tan lejos para encontrar algo tan jodidamente delicioso. Bien, empecemos, encendamos esta cosa.

Por supuesto, no tenía caso explorar algún reproductor de discos láser hasta que logaran poner en marcha el armatoste. Los libros podían esperar. Entonces, la caja de herramientas cobró sentido, y se puso a explorar cada rincón del habitáculo.

La consola era un total enigma. La máquina del pasillo, por lo menos, tenía enchufes de colores y cables que le parecían más familiares. La Jefa sugirió probar todas las combinaciones posibles, cada cable de color en su enchufe respectivo, luego intentarían poner el cable rojo en el enchufe azul, el verde en el rojo, cambiarían de azul a verde, luego de rojo a rojo, verde a azul. Fue cuando colocaron el verde en el verde, el azul en el rojo y el rojo en el azul, que notaron aquel sonido de turbina proveniente de la habitación contraria a la sala, donde el Jefe aún no había puesto un pie. Al entrar, con una precavida calma, esquivando las escobas y estantes empolvados, la mujer inspeccionó una hélice desgastada que se esforzaba por dar vueltas dentro de una caja de tamaño mediano.

—¿Qué es eso? —preguntó interesado el Jefe de Operaciones.

—Está doblada, ¿ves? Necesito cambiarla, y para nuestra suerte tengo una esperándome en casa. No preguntes. Ya es tarde, ayúdame a traerla mañana, pasa por mí.

Entonces desenchufaron los cables de la máquina, no sin antes anotar la clave para conectarlos en una servilleta amarilla. El hombre dejó sus cosas dentro, pues intentaría mostrárselas a su compañera al día siguiente. Formularon su rutina de despedida y esperaron ansiosos, apenas pudieron dormir por la emoción de lo que se avecinaba.

\*\*\*

En la cuarta noche, ambos se reencontraron minutos antes de lo usual. Solían ser puntuales con una exactitud obsesiva durante sus jornadas laborales, pero la expectación sobre lo que sucedería ameritaba romper la regla.

La hélice estaba impecable, su color blanco contrastaba con la oxidada que aguardaba en la cápsula, y era tan pesada que el Jefe decidió conducir con más calma ante una ciudad aún en movimiento, agonizante, atenta al toque de queda marcado por el descanso del Señor. Transitar bajo esas condiciones era riesgoso, así que el Jefe tuvo que maniobrar lo suficiente para asegurarse de no haber sido advertidos por alguna mirada delatora.

Al llegar, la Jefa de Inteligencia se bajó del transportador aún en movimiento, dando un fuerte salto sobre la arena de la playa, corriendo torpemente hacia la cápsula con la hélice nueva bajo su brazo derecho. Miró sobre su hombro para apresurar al

hombre, haciendo ademanes con la mano que le quedaba libre. Él bajó del transporte y corrió con el mismo entusiasmo hacia su destino; por las aguas pudo notar la ausencia de cuerpos o babas verdes y eso lo hizo sentir pleno. “Todo mejora”, se dijo, y accedió con su compañera a la cápsula.

Se coordinaron de forma que ella intercambiaría las piezas y él estaría atento para conectar los cables, comunicándose en la cercanía por si era necesario ajustar sus acciones sin mucha demora. Él escuchaba cómo los ruidos metálicos reverberaban en su interior; le daban la sensación de que algo había encajado; fue menester preguntar “¿ya?”. La confirmación llegó repleta de expectación: “¡Ya, carajo!”. El Jefe de Operaciones realizó las conexiones justo en el orden que lo habían hecho la noche anterior y, cuando colocó el último cable, su enorme suspiro pudo escucharse desde la otra habitación.

Nada. Ni un ruido.

—Espera —entonó la mujer, dándole la tranquilidad a su acompañante de que ella ya sabía cuál era el error. Le ordenó desconectar el último cable.

Nuevamente, el Jefe hizo la conexión precisa. Un potente, aunque sutil ruido les arrebató una sonrisa a ambos. Se encontraron en el pasillo, mirándose perplejos. Había luz dentro de la cápsula, lo habían logrado. Se dirigieron a la cabina de pilotaje y observaron decenas de botones parpadeando y chillando. De la consola surgieron cinco ranuras que parecían puertos para artefactos desconocidos, salvo uno. El hombre corrió hacia las pertenencias que había dejado, tomó uno de sus discos láser y lo introdujo con facilidad.

¿Y ahora cómo regreso? declamaba la voz que salía desde una bocina en el techo, proveniente de un disco exportado de otro planeta. “Chico Maroma y Teatro” se titulaba aquel cúmulo de extraordinarios sonidos.

La Jefa de Inteligencia se tomó su tiempo para apreciar la música que ahora adornaba la gran noche, pero finalmente presionó el botón naranja, el mismo que presionó durante su primera visita. Y justo cuando vieron la horrorosa figura de la que habían hablado, todo se apagó otra vez.

Ruidos, en el pasillo.

Algún extraño había invadido su espacio seguro y, sospechaban, había sido el artífice del corte de energía. Jefe y Jefa se asomaron por la puerta con una cautela temblorosa. Un *cyborg*, delgado, con sus partes robóticas expuestas, los miraba decepcionado. Sus dedos y un solo ojo eran humanos, dispuestos a la fuerza en medio de su grotesco esqueleto artificial. De pronto, su dedo índice los señaló con tanta velocidad que les sacó un buen susto.

Más pasos se acercaban desde la entrada.

—Lo que más me sorprende de estos seres es su capacidad de conectar con sus sentidos muertos; son capaces de crear una memoria que trasciende lo corporal. Los vio, vio lo que hacían y cómo lo hacían. Observó los pasos a seguir, todo, desde su cadáver aparentemente inservible. Y ahora que su nuevo cuerpo comparte componentes con el antiguo, parece que es posible traspasar lo pasado creando algo nuevo. Magnífico. ¡Hablo en serio, es magnífico!

El intruso apenas los miraba. Le bastaba con examinar el interior y darse cuenta de los misterios que siempre albergó

aquella necia cápsula. Su tranquilidad delataba una curiosidad genuina hacia cada pequeño rincón de metal. Quizás no había planeado el encuentro, mas los hechos fortuitos le eran placenteros. Con la mirada les indicó que salieran, que lo esperasen afuera, y se retiró hacia la entrada. El Señor había roto su sueño sagrado por atender el inconveniente justo antes del cenit onírico. En realidad sentía lástima por sus colegas, sobre todo por su hermano no consanguíneo, ¿cómo había podido ser tan idiota? Es decir, sabía de su alma rebelde, no obstante, jamás imaginó que sería capaz de cometer delitos tan graves como a los que se había atrevido durante esa semana.

El Jefe miró a su compañera, quien se limitó a observar sus zapatos, derrotada, sin atreverse siquiera a llorar.

Ella salió primero, abandonándolo en la cabina de pilotaje. Él temblaba en sobremanera, pero era verdad: no había escapatoria. Le sorprendió que no se ejerciera ningún tipo de presión durante los varios segundos que le tomó dejar la cápsula; agradeció el paciente gesto. En el pasillo le surgió la idea de arrancar los cables de la consola, y así lo hizo, guardando uno en su pantalón, dejando los otros en rendijas escondidas a los costados. Cuando logró volver al exterior, vio a la Jefa de Inteligencia de rodillas en la arena, con sus brazos detrás de la cabeza; el *cyborg* de antes y un androide la tenían sometida con una fuerza desbordada. El Padre Cardenal fumaba un puro y negaba con la cabeza, dejándoles ver su desaprobación. La Madre Superiora se encontraba detrás de éste con la cabeza baja en un ritual de arrepentimiento ajeno; no eran dignos de recibir su mirada. El Señor les daba la espalda y reía después de haberles compartido algunos comentarios a los militares que habían sido

convocados: montaban sus enormes caballos escoltados por más robots híbridos. Un buen juego de transportadores rodeaba la playa, y a lo lejos se divisaba el humo proveniente del vehículo del pobre hombre. El Mayor tomó la batuta, jalando del pelo al Jefe de Operaciones con la intención de tirarlo al suelo grumoso. No lo logró en su primer intento, incluso arrancó un par de mechones. En el segundo, el Jefe entendió que debía cooperar, se echó de rodillas y recibió una golpiza histórica. Los impactos que más le dolieron fueron los perpetrados en el estómago, sus manos hinchadas ya no sentían mucho, pero perder el aire en más de dos ocasiones fue una experiencia fatalmente novedosa para él.

El Señor hablaba con entusiasmo, como si tal escenario le hubiera devuelto el alma, decía cosas sobre el respeto, la paz, la igualdad, el buen culto, aunque al Jefe de Operaciones ya no le importaba; suprimió su capacidad de comprensión, le era preferible sufrir plenamente que escuchar una palabra más de a quien ya consideraba un verdadero hijo de perra. Solo cuando el Mayor tomó del mentón a la Jefa de Inteligencia, se revolcó en el piso cual gusano para intentar ponerse de pie y defenderla. Fue en vano.

Dos contingentes de soldados, *cyborgs* y androides se llevaron a los infelices, quienes observaron cómo el Estado Mayor entraba en la cápsula, exceptuando al Señor: él los miraba complacido, con sus manos cruzadas al frente. Antes de arribar a un transportador militar, el supremo ordenó no taparles los ojos. “Ya saben a dónde van”, expresó, como si estuviera haciéndoles un último favor antes del infierno al que se dirigían. No podían hacer más daño del que ya habían consumado, la

privacidad estaba de más. Lo peor para ellos fue alejarse de la playa, flotando por la noche y distanciándose cada vez más de los colores que se habían dado cita en ese lugar, abandonando su pequeña pseudo nación que apenas estaba en construcción.

Antes de quedar completamente inconscientes, con lo poco que les dejaban ver sus ojos, notaron su arribo al Centro Celestial Nacional por una compuerta aérea; no había sorpresa en las acciones del gobierno, A llevaba a B, así de fácil, y recibirían su merecido castigo.

\*\*\*

Tras un estiramiento del que se dio cuenta a posteriori, el hombre despertó de un sueño descomunal, tan profundo como reparador. Sus ojos se acostumbraban paulatinamente al blancor penetrante que traspasaba los enormes ventanales, dispuestos sobre el techo y alrededor. Levantar su cuerpo, mover sus piernas, bajar de la cama, eran acciones placenteras, daba la sensación de establecer un nuevo comienzo.

“Exitoso”, “movilidad”, “acostumbrarse”, eran palabras que llegaban a su mente, como una suerte de déjà vu de la noche anterior, emulando una canción pegadiza con la que tal vez había soñado. Cayó en cuenta de que no recordaba exactamente qué había sucedido; de hecho, estaba totalmente perdido y desconcertado. ¿Drogas?

Salió para encontrarse con un enorme comedor dispuesto en un gran salón, mismo que podía ver desde arriba. Bajó las escaleras, vio a sus *cyborgs* y androides preparando el desayuno.

Uno de ellos le tocó los testículos, revelando que habían mejorado por completo y que definitivamente ya no observaba ninguna inflamación. No había necesidad de mentir ante la realidad. Su anciano cuerpo había recuperado vitalidad, como si unos cinco años hubiesen retrocedido para aligerar sus arrugas o las manchas en su piel, y seguramente iría mejorando mucho más. Llegaron los *waffles*, acompañados de tiras azules de *fordel*, un animal local que se caracterizaba por su gordura.

El *cyborg* del momento, aquel que había encontrado la forma de entrar en la cápsula, lo saludó con un beso en la boca y le preparó sus polvos lunares a un lado de la mesa, para que pudiera inhalarlos después de comer. No estaba seguro de querer hacerlo, pues su mente aún vagaba en un limbo incómodo que no concordaba con el bienestar de sus músculos.

Salir de la mansión se sintió como entrar en un mundo diferente. Más allá del jardín, detrás de la reja negra, un transportador ya lo esperaba para llevarlo a la *santa sede*. Parecía que todo brillaba con un fulgor irritante que penetraba sus retinas al punto de usar su mano para taparlo, aunque parecía afectarlo solo a él.

— Te ves bien. Con los días vas recuperando el color —elogió una voz vagamente conocida. Su chofer de turno aclaró más el panorama, quizás había sufrido algún tipo de incidente, o estaba recuperándose de algún lapsus. El viejo asintió y no se habló más.

Cuando dieron la vuelta hacia la Gran Avenida, adornada con un gran monumento en honor a los trabajadores de su Estado, apenas notó que era una mano robótica la que conjugaba las maniobras del transporte; se preguntó, por supuesto, quién lo

estaba llevando y por qué. Temió que un secuestro se estuviese efectuando. Su horror se dosificó cuando vio que doblaban la entrada del Centro Celestial Nacional, justo por donde se llegaba al estacionamiento exclusivo. El chofer entró en su cajón y anunció que todo estaba listo. Tras unos minutos en silencio, volteó hacia atrás para asegurarse de que el Señor le había escuchado, que estaba bien.

Jamás olvidaría ese rostro. ¿Él había ordenado la manufactura de eso? Era la cara de *cyborg* más desagradable que le había tocado presenciar, como si el artesano de tal obra hubiese tenido que rellenar el espacio metálico y robótico con los pedazos de un rostro fragmentado. Reconoció sus firmes intenciones de poner en marcha la industria y abrir fábricas de androides. Sin embargo, le resultaba imposible recordar cuándo había dado su aprobación.

Asintió para darle a entender que estaba bien; a pesar de ello, la confusión aún lo carcomía.

—Nunca perdonaré lo que me hiciste —dijo el *cyborg*—. Y aún así me obligo a agradecerte.

Analizó la voz durante un breve instante y confirmó que se trataba de la Jefa de Inteligencia, o por lo menos de partes de ella ahora ancladas a un esqueleto mecánico.

El transportador se marchó justo cuando el supremo descendió, dejándolo a solas en ese estacionamiento repleto de humedad. La única puerta del edificio se abrió, y la Madre Superiora le pidió que se apresurara, pues ya era hora de trabajar.

Un flashazo atravesó sus ojos, quedó en una suerte de trance. Recordó todo entonces: cómo los habían capturado en la cápsula, el pendiente por decidir qué hacer con el

gran objeto. Luego, a su mente llegaron más elementos que lo petrificaron: Su cabeza siendo cortada lentamente por un bisturí que se ocupaba más en ser preciso, en irse en línea recta, que en tener compasión por el dolor infligido. Su otra cabeza siendo arrancada finalmente por manos de acero, y la nueva “adquisición” siendo colocada en su sangrante sitio. Olor de los alcoholes y demás menurjes le penetraban la nariz, y resentía el cuasi orgasmo que traía la sensación de haber logrado un trasplante de cabeza. Sus pensamientos, sus recuerdos, sus sentimientos, todo se mezclaba dentro de ese cuerpo que era del Señor, con cabeza del Jefe de Operaciones: prácticamente un nuevo ser cohesionado en perfecta simbiosis. El Señor estaba dispuesto a darle una nueva oportunidad, sin duda era la mejor opción para él, así como para la Jefa de Inteligencia. El nuevo cuerpo estaba regenerándose, rejuveneciendo por acto artificial del cual había practicado varias veces con sus *cyborgs*.

En realidad, aquel nuevo Señor era más de lo que cualquiera imaginaba, se erguía como un destello encomiable que cambiaría definitivamente la jugada. Una mente nueva dispuesta a vivir con restaurada energía.

La Madre Superiora lo tomó del hombro, con una cara furiosa. “Estoy bien” fue lo único que salió de los labios de él. La mujer cambió su expresión por una de alivio, a sabiendas de que la adaptación llevaría su debido tiempo.

—Dígame, ¿esa arpía no intentó nada raro? Es increíble que le haya permitido seguir viviendo dentro de ese espantoso cuerpo. Hay que echarle un ojo, recuérdelo. Partes de su pasado siguen allí —le expresó con profunda preocupación mientras caminaban por el pasillo que daba al nuevo tubo elevador.

Nadie podía saber cómo funcionaba ese nuevo Señor, qué ideas tenía, si quizás las partes del Jefe de Operaciones hacían un peligroso eco que los pudiera llevar a la destrucción.

—Señor, sabemos que es muy pronto, apenas conocerá a los nuevos Jefes, mas es preciso tomar la gran decisión, si lo aprueban sus sentidos. No es mi intención presionarlo ni darle más pendientes por resolver, pero necesitamos saber. ¿Qué haremos con la cápsula? —fue la pregunta final del examen, la que terminaría por atender la inquietud sobre su nueva mente, de la que dependía el Estado Mayor.

El viejo caminó directo hacia su oficina, sin siquiera mirar a la Madre. La mujer no se atrevió a preguntar nuevamente, se limitó a observar mientras el tiempo transcurría como una lenta nube. El Señor entró en la gran habitación, dejándose absorber por su presente. En el escritorio pegado a la ventana yacían montones de papeles listos para ser revisados, firmados o desechados; los ojeó uno por uno, meditando con una calma inusual, por el futuro de la nación, en su plenitud corporal amalgamada. Por primera vez desde que se le interrogó, hizo contacto visual con la mujer de alta estatura, sorprendida por gozar de aquel honor. El hombre pronunciaría una simple frase con la que cerraría el tema sin opción a discutirlo, misma que presuntamente escribiría el rumbo, no solo de sus gobernados o de la cápsula de metal, sino también de su propio ser.

—Querida, hay asuntos bastante más importantes.

En el horizonte más lejano, la Jefa de Inteligencia agitaba una servilleta amarilla para que él pudiera verla. Cuando logró hacerlo, sonrió desde el otro lado de la ventana.

**Christopher Medina G.**, formado en la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública dentro de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, es director de *Iguales Revista*, un proyecto digital independiente. Ha publicado con *Revista Afluente*, en el *Fanzine Libre Virtual* del Museo Virtual de Ilustración Contemporánea de la Ciudad de México, además de haber colaborado en *Revista Enchiridion* de la Universidad Autónoma de Querétaro y *Revista Poética* de CCH Naucalpan. Tuvo participación en el libro *40 en cuarentena* de la Universidad Autónoma de Yucatán. Colabora para la saga *Imperium* de César Ojeda.

--

## ESPECTÁCULO TAURINO

ERIC MICHEL VILLAVICENCIO REYES

A veces se lo imaginaba: estar él en el lugar de la bestia. Ser acorralado, material de entretenimiento, perseguir a un matador que lo mataría sin dudar. Enfrentarse cada día a la muerte.

Para él, y solo para él, no se veía tan mal. Era un matador, y lo era porque adoraba aquella lucha. Estar de uno u otro lado no podía importar demasiado.

El espada caminó bajo el arco y sintió el roce de la arena fina, traída por la brisa desde el centro del ruedo. La multitud aclamó al ver el traje de luces: la chaquetilla dorada y el fajín color sangre, indicadores del oficio maestro. Él les hizo una alabanza, dando una vuelta en redondo, y bufó de alegría cuando le lanzaron una rosa desde las gradas. La tomó, la puso en su boca y la masticó sonoramente.

Era una rosa exquisita, roja y sin espinas, justo como le gustaban, pero si le hubiesen lanzado un ramo de azucenas o algunos jazmines los habría devorado con igual presteza. Para el matador ninguna flor debía ser menospreciada.

Se echó el cabello hacia atrás, a través de los cuernos terminados en borlas doradas, y se limpió el ligerísimo polvillo de las pezuñas, remachadas con alas de plata. Todo un acto, un

*performance* exquisito para acrecentar la vivacidad del público. No podía olvidarlo nunca, que ellos eran lo importante, y solo por ellos estaba él, el matador, allí de pie, esperando a la bestia.

Dio una última vuelta para saludar a quienes habían ido a verlo a él, Maximiliano de la Torre Torera, vencedor de innumerables lidias contra las fieras. Hizo la señal a los muchachos de la cuadrilla. Escuchó primero, y luego se giró para ver los grandes portones de madera abrirse lentamente, hasta quedar de par en par. Y en el fondo de la caverna recién abierta al ruedo, allí en la oscuridad, vio a su oponente.

Apretó con más fuerza el palo de la muletilla en su mano; el peso del estoque en el lado opuesto le daba una seguridad tranquilizadora. Se llevó la otra mano al cuello y desabrochó la capa morada: el color más odiado por las bestias, que les producía una rabia incuestionable, les hacía perder los estribos. La ensartó lentamente en el palo y completó el instrumento de disuasión. En su espalda quedaban visibles las banderillas, destinadas a la carne de su oponente.

Del fondo de la jaula salió el humano. Era grande, como aquellos a los que estaba Maximiliano acostumbrado a enfrentar, tenía el lomo y las extremidades sumamente velludas, y de las fauces rezumaba un líquido blanquecino, espumoso; tenía los ojos inyectados en sangre. Seguramente lo habían preparado un poco. El cuerpo encorvado, de casi dos metros, podía superarlo con facilidad. Al matador no le gustaban aquellas prácticas, pero si el humano estaba furioso y arremetía con todo era mucho más atractivo para el espectáculo, y casi seguro que podría acabar la faena con la suerte de recibir.

El problema era que perdían la poca capacidad de raciocinio con la que contaban. Al volverse aún más estúpidos, resultaba muy sencillo para él dominarlos. Eso no le gustaba nada de nada. Para Maximiliano, lo importante eran los retos.

La bestia salió desprendida en cuatro patas. Grandes cantidades de arena subieron al aire debido a su carrera impetuosa.

Desde que había sido un pequeño becerro siempre le había interesado más lo difícil que lo fácil. Saltar la verja más alta, enamorar a la muchacha más bonita, luchar con el toro de los cuernos más fuertes.

Estaba a centímetros apenas cuando Maximiliano se echó a un lado, con tal nivel de gracia que los aplausos y silbidos del público se multiplicaron. La bestia siguió de largo con la cabeza perdida en el color de la muletilla, y demoró todavía un tiempo en lograr detenerse y dar la vuelta.

Por eso había decidido ser matador. Los retos que planteaba tal oficio eran cosa de grandes en verdad. Por común se tenía el escuchar que si Asterión hubiera vivido en estos tiempos, matador habría sido, y el mejor de todos sin duda.

El humano volvió a cargar contra él, pero Maximiliano se dio el lujo de desviar la mirada, guiñar un ojo a las muchachas del palco cercano.

Cuando devolvió la vista al frente, el humano casi estaba sobre él, y con las fauces abiertas de par en par, se disponía a agarrarlo. De poder tocarlo, bien le podría arrancar un pedazo del pellejo. Pero Maximiliano no se preocupaba por ello.

La garra del humano pasó a centímetros de él que, raudo, se echó a un lado, le encajó una banderilla a colores blanco

y morado en el centro del lomo, que atravesó las vértebras y provocó un chillido. Dio unos pasos atrás con la gracia de quien baila un tango. La adrenalina era su pareja; la euforia de los palcos, la música.

Era el momento de darle muerte a la bestia. Esta, humillada, se debatía entre arremeter nuevamente o echarse atrás. Maximiliano pudo ver cómo los músculos de las patas delanteras se contraían, como apretaban la arena las garras, tal que si no quisiera acercarse al peligro.

Maximiliano sacó el estoque de su funda de cuero. Estaba impregnado de aceite virgen y se notaba en su pomo la rúbrica del herrero: un tallado del matador primero, matando a la primera bestia.

¿Cómo se había atrevido ese loco de Menard a jugar con la historia? ¿A inventarse esas historias locas? ¿Que si Don Torote de la Mancha lo había escrito un tal Borges? ¿Que si su relato ridículo, “La casa de Asterión”, presentaba al hombre toro como un inútil muerto a manos de un Teseo quimérico, conocido por todos de su pánico al enfrentarse al ancestro taurino? Si tanto amas a esos animales, vete con ellos. Y lo desterraron a los campos de Creta, la antigua capital, para que conviviera con las fieras primigenias.

El humano se le había quedado mirando fijamente a la punta de la espada, en lugar de a la muletilla. Sus ojos inyectados, su respiración irregular; el matador podía advertirlo. Había acabado con tantos. Lo sabía, que las bestias tenían un miedo innato al estoque, como odiaban el morado, color de los dioses que les habían abandonado. Le gustaba que no era

fácil engañarlos cuando estaban acorralados, que había que enfrentarse a ellos de frente.

¡Ven, cobarde! Le bufó a la bestia. Esta le entendía, aunque no comprendía por completo cada palabra. Como si aquello fuese una orden, se enfiló en dirección a Maximiliano, comenzó a caminar, luego aceleró. El espada se enfrontiló, con el estoque a la altura de sus ojos, apuntando justo a la cruz en el lomo.

El humano embistió. Durante un segundo el matador se sintió perdido, había estado pensando demasiado, y el hilo de la batalla se le había perdido, como a Teseo el suyo entre los cuernos de Asterión. Casi no logró quitarse a tiempo y el animal se llevó por delante la muletilla púrpura, que se sacudió fuera de sí varios metros más allá.

Ahora, casi desarmado, Maximiliano se enfrentaba de verdad al reto. Quizás, solo quizás aquello hubiese sido inconsciente, por el espectáculo, o por él. Levantó el estoque en dirección a la bestia y esta cargó nuevamente.

Dos metros.

En ese momento ambos eran animales luchando por la supervivencia. A veces sentía que era él quien corría a cuatro patas, persiguiendo a un flacucho humano con vestimenta... reminiscencia de la imposibilidad; placer culpable de los asesinos.

Uno.

Y giró en redondo y las lentejuelas del traje de luces volaron alrededor con la brisa y bailó con la bestia el tango de la muerte durante cinco segundos que se sintieron horas y al final, solo al final, cuando ella misma lo suplicó con los ojos, le enterró la espada en el centro de la frente, en la última embestida.

Cayó muerta la fiera sobre la arena, las patas aún convulsionando un poco, la boca rezumando saliva ensangrentada, y los ojos, los ojos más turbios que nunca. Maximiliano la miró casi con lástima, pero pronto se borró el sentimiento. Solo quedó orgullo, honor.

Volvió a alzar los brazos, miró a los palcos que habían estallado en vítores. No una, cientos de rosas cayeron sobre la arena, sobre la bestia muerta y sobre el matador victorioso, una vez más, que había demostrado, reivindicado con sus actos la supremacía del toro sobre el humano.

Vinieron los ayudantes a sacar el cadáver y la multitud levantó los pañuelos blancos, pidiendo, además de las orejas, el rabo para Maximiliano, que fue cortado de la entrepierna, un poco erecto todavía y entregado envuelto en el manto púrpura de la muletilla. Se retiró el matador entre aplausos, dejando el espacio libre al próximo.

Apenas era el primer combate del rodeo. Pero era el primero, el más impresionante, el que abría las puertas de las fiestas populares recién comenzadas. Ese honor le había pertenecido a Maximiliano de la Torre Torera, máximo exponente e insigne matador, héroe. Si Asterión hubiera vivido en estos tiempos, sería como él y estaría orgulloso de su estirpe.

Empezaban los festejos de Asterión por toda Novilla y España, para celebrar y honrar al dios toro.

**Eric Michel Villavicencio Reyes** (Las Tunas, Cuba, 2000). Ingeniero Informático. Tercer Premio en el concurso Juventud Técnica de Ciencia Ficción 2022. Mención en el XIV Concurso Oscar Hurtado en la categoría de Ciencia Ficción. Finalista del Certamen de Microrrelatos Algeciras Fantástika 2022. Mención del Premio Calendario de Ciencia Ficción 2024. Han aparecido cuentos suyos en las antologías Sueños, Visiones, Terrores(2022), Pesadillas bajo la tinta Vol.2(2022) , Cuentos sucios, no tan sucios(Laia Editora – 2023), Narraciones Fantásticas Vol.1(Kreko Editorial, 2024), en internet y revistas como Juventud Técnica, Qubit, Korad, Licor de Cuervo, El Nahual Errante, El Creacionista, Anapoyesis y El Axioma.



---

## SIMBIONTES

ALAN HEIBLUM

*El mundo es grande y quiero  
echarle un buen vistazo antes de que oscurezca.*

John Muir

Los anales de la historia están tejidos con profecías sobre el fin de los días. Se habló del fuego que purificaría la Tierra, del diluvio que la ahogaría en sus propios pecados, e incluso de la llegada de seres de otro mundo que traerían el apocalipsis. Sin embargo, ningún vidente pudo anticipar el cataclismo que realmente ocurrió.

Fue un evento esencialmente distinto que nos dejó sumidos en un estado de profunda desolación. 87,600 horas han pasado desde aquel último día, y aún nos encontramos bajo la sombra de la incertidumbre. Seguimos sin una cuenta exacta de quiénes lograron sobrevivir ni cuán herido resultó nuestro planeta.

El cielo, una vez tan vasto y luminoso, ahora se cierne sobre nosotros en una penumbra total. Las estrellas que solían guiar nuestros sueños y esperanzas se han desvanecido en la negrura

infinita. Sin embargo, a pesar de la noche eterna, la temperatura se mantiene constante.

Después de las tempestades que barrieron la Tierra y arrasaron con nuestras estructuras más sólidas, después de los terremotos que sacudieron los cimientos de nuestra misma existencia, la temperatura se estabilizó. Ni el calor abrasador del verano ni el frío gélido del invierno nos visitan más. Nos encontramos atrapados en un limbo climático perpetuo, como si la naturaleza misma hubiera detenido su aliento.

Esta es la era después del cataclismo, un tiempo de supervivencia y miedo. En medio de la desesperación, han surgido tantas preguntas que la esperanza de dar respuestas es nula.

Minuto a minuto, hora a hora, la vida no es nada fácil. Aunque logramos salvar algunas cosechas gracias al uso de luz artificial y hemos conseguido cierta estabilidad cotidiana, nuestras poblaciones se han sumido en una era oscura, tanto literal como figurada.

La ciencia, una vez venerada como la guía hacia el progreso y el entendimiento, ahora yace profundamente denostada. Incapaz de predecir el cataclismo que nos abatió ni de explicar los fenómenos que lo siguieron, la ciencia perdió toda credibilidad ante aquellos que buscan soluciones desesperadas.

En su lugar, nos hemos entregado al misterio. Se habla entre susurros de monstruos que acechan en los confines de nuestros poblados, criaturas cuya mera existencia desafía toda racionalidad. Es como si los dragones de los mapas antiguos hubieran regresado de entre las leyendas para reclamar sus territorios perdidos.

Nos aferramos a nuestras hogueras, temblando de miedo ante lo que se mueve más allá de la luz. Cada crujido de las ramas, cada aullido del viento, es suficiente para enviar escalofríos por nuestra espina dorsal.

En medio de las ruinas de lo que alguna vez fue una metrópolis vibrante, me siento ahora como una sombra entre las sombras. Soy una científica en un mundo que ha dado la espalda a la razón, pero mi pasión por el conocimiento se mantiene como una brasa latente en lo más hondo de mi ser.

Los muros de acero y concreto que antes dominaban el paisaje ahora yacen derribados, maldevorados por una naturaleza que no pudo reclamar lo que una vez fue suyo. La flora seca yace petrificada como una testigo muda, mientras que las siluetas de la fauna nocturna danzan entre las ruinas como fantasmas del pasado. En esta pequeña aldea rural, palimpsesto de una gran ciudad, me he aferrado a una nueva misión, ya no encerrada en los muros de un laboratorio, sino como una protectora: la maestra de los niños.

Enseño a los pequeños a cultivar la tierra estéril, a filtrar los arroyos contaminados por los desechos del pasado, a fabricar antorchas y linternas con los restos de lo que una vez fue una industria bulliciosa, a confeccionar suplementos de vitamina D y otras magias. Pero mi enseñanza va más allá de las habilidades básicas de supervivencia. Les hablo de la ciencia, de las maravillas del universo que nos rodea y de la importancia de buscar anclajes en la realidad, incluso cuando parece esquivarnos bajo las faldas de lo desconocido. Quiero pensar que, a través de mis acciones y palabras, me convierto, si no en un faro, en un bastón para ciegos.

Por ello, la encrucijada que me abrumba es tan profunda como el abismo que cala al exterior. Como científica, no puedo simplemente aceptar sin mayor evidencia la existencia de los monstruos que habitan en la periferia. Sin embargo, desmentir tales creencias podría llevarme al ostracismo de una sociedad que ha abrazado la superstición con tanto fervor. Con la reputación de la ciencia reducida a escombros por el cataclismo que nos asoló, cada palabra que pronuncio debe ser medida con cautela, cada lección cuidadosamente seleccionada para evitar alimentar la desconfianza.

Si tan solo tuviéramos el cielo despejado, podría guiar a mis alumnos en la construcción de un telescopio rudimentario, como lo hizo Galileo en tiempos pasados. Podríamos explorar los límites del universo, buscando respuestas en las estrellas que aún brillan en lo alto y, subidos en hombros de gigantes, reconstruir el conocimiento. Pero ante la oscuridad total que nos rodea, debo trazar un plan alternativo.

¡Lo tengo: la construcción de un péndulo gigante! Una recreación del experimento con que Foucault demostró que la Tierra gira, un golpe contundente contra incrédulos y dogmáticos. Sí, con mis alumnos como colaboradores, nos embarcaremos en la tarea de construir este péndulo monumental, utilizando materiales improvisados y los conocimientos básicos de la física. Cada golpe de martillo será un acto de resistencia contra la ignorancia. A medida que el péndulo tome forma, podré sentir el germen del conocimiento palpitar en el corazón de mis alumnos. Aunque todo lo demás esté envuelto en tinieblas, nosotros nos aferraremos a la luz de

la sabiduría, como guardianes de una tradición que puede ser futuro, un futuro que nos encamine hacia la redención.

\*\*\*

Donde antes se extendían calles congestionadas y rascacielos imponentes, quedan troncos secos y retorcidos, lápidas silentes para la caída de la civilización. Sus ramas desnudas se alzan hacia el cielo negro, como dedos en busca de un contacto que ya no pueden encontrar.

En este paisaje desolado, alumbrado por contados candelabros, bombillas, pequeños leds y amasijos de luciérnagas, apenas y reconozco el reflejo de mi rostro. Veo una mujer de mediana edad, con el cabello totalmente cano atado en una trenza desordenada. Nunca dejé que el sol y el viento marcaran mi rostro. Qué daría ahora por hacerlo. Cada vez me parezco más a mi difunta madre, aunque sin sus ojos: dos ágatas grises que brillaban con una chispa de sabiduría.

La escuela que dirijo —si es que así podemos llamarla—, no es más que un edificio antiguo y desgastado, pero aun así funciona como refugio del conocimiento. En el gran salón —llamamos así al único edificio en pie—, ya se alza el enorme péndulo, un bricolage que representa mi última esperanza para demostrar la rotación de la Tierra.

Puedo ver que los estudiantes están llenos de expectación, sus ojos brillan con la emoción de quien presencia un evento extraordinario. Los más pequeños, que nacieron después del cataclismo, corretean por el salón, ríen, bailan mientras esperan

ansiosamente que comience el experimento. Quiero pensar que, también para ellos, este es un acontecimiento de asombro, una oportunidad de aprender algo nuevo.

Emocionada y nerviosa a la vez, he pasado horas preparando el péndulo: una masa de treinta kilos en un cable de treinta metros penosamente medidos. Igualmente complicado fue trazar el dispositivo circular que constatará su movimiento rotatorio respecto del suelo. Pero lo vale, siento en las entrañas que con esto podré enderezar algo del desastre que nos envuelve.

No fue nada fácil convencer a la matriarca. Difícil es ya que su rostro, surcado por las arrugas del tiempo y los ojos hundidos como pozos sin fondo, haga una mueca, imposible que sea aprobatoria. Siempre se pasea con su enredado cabello gris cayendo en mechones salvajes sobre sus hombros encorvados, como si fuera una corona de espinas que lleva con orgullo.

La matriarca es una mujer taciturna, resentida, cuyo corazón está lleno de amargura y desconfianza hacia lo que la rodea. Ha vivido tanto sufrimiento, que esa carga se refleja en cada gesto, cada palabra que pronuncia. Detrás de su mirada fría se esconde un abismo de dolor, alimentado por años de soledad. Por eso aprovecha los gestos sociales para sacar a relucir las violencias internas que han sido reprimidas durante tanto tiempo. Y así, cada sonrisa esconde un veneno sutil, cada palabra está cargada con un resentimiento profundo hacia quienes considera inferiores o indignos de su atención. En su mundo retorcido, la matriarca se aferra a su poder y su influencia como una forma de protegerse del dolor, de la vulnerabilidad que siente en su interior.

No sorprende que, para ella, la ciencia sea una amenaza que debe ser derrotada a toda costa. Ve en el conocimiento un reto a su autoridad, una afrenta a la visión del sistema que nos mantiene vivos. Por ello, cuando hace unas mil horas, falló una de mis pruebas preliminares, la matriarca se regocijó como si se tratara de un triunfo personal. Fue una oportunidad para reafirmar su dominio sobre la comunidad, para recordarles a todos quién manda realmente.

No obstante, esta vez lo he conseguido: el péndulo está listo. Y ahora el tiempo parece detenerse mientras los padres de los pequeños se asoman y se acercan para buscar un mejor sitio. No distingo las conversaciones, murmullos animados llenos de especulaciones sobre lo que están a punto de atestiguar.

Sé que luego de esto no dejarán de hablar sobre los nuevos pasos a dar en la reconstrucción del conocimiento.

\*\*\*

“Si quieres escuchar reír a la deidad, habla de tus planes”.

\*\*\*

Cuando finalmente llegó el momento tan esperado y di el primer y único impulso al péndulo, el salón quedó en absoluto silencio. Suave, más que elegante, el péndulo comenzó su oscilación. Los niños contuvieron el aliento, sus ojos siguieron el movimiento, fascinados. El primer ciclo le llevó especiosos segundos. La audiencia pronto comprendió que el resultado

final no sería instantáneo y perdieron la atención. Y eso que me cansé de repetirlo: el giro completo llevaría 38 minutos según mis cálculos.

Los minutos pasaban, marcados por el oscilar constante del péndulo, pero el resultado no era el esperado. Sí, el péndulo se desplazaba del plano inicial, mas el ángulo era demasiado pequeño. “Qué artefacto más tímido” me dije, para evitar otros pensamientos menos optimistas. Los curiosos que regresaron me encontraron sumida en la más densa perplejidad. Fue momento de confesarlo: a pesar de todos los esfuerzos, la rotación de la Tierra no quedó demostrada como se indicaba en la literatura. “¿Qué pudo salir mal?”, me atormentaba con preguntas. ¿Acaso la atmósfera había cambiado de forma inesperada y turbulenta? ¿Era posible que algún elemento desconocido estuviera interfiriendo con los resultados de un experimento tan simple?

Y por supuesto mi confusión se vio agravada por la presencia de la matriarca, nunca tan consumida por su papel de conservadora y reaccionaria. Para ella, la ciencia era un enemigo a temer y derrotar, y mi falta de resultados le supo nuevamente a triunfo personal. “Quizás sea hora de que hablemos de lo que verdaderamente importa”, dijo con una sonrisa maliciosa en sus labios delgados y partidos. “Los monstruos de las afueras no se preocupan por tus experimentos científicos. Es hora de enfrentar la verdad, querida maestra”.

\*\*\*

Era normal que después del fracaso del experimento no me encontrara bien, pero yo además estaba angustiada. Como científica, había confiado en la evidencia, en el método. Ahora, enfrentada a resultados que contradecían mis creencias más arraigadas, no me veía aceptando una verdad tan incómoda como una Tierra quieta. No sabía qué era peor: que nuestro planeta estuviera dejando de rotar o que la ciencia estuviera dejando de funcionar.

Por un momento, me volví a aferrar a la esperanza de que hubiera algún error producto de los materiales utilizados, aunque en mi corazón sabía que eso no era cierto. El experimento había hablado, y yo debía aceptar los resultados, por inauditos que fueran. Esta revelación me golpeó con la fuerza de un vendaval repentino.

Con aquella nueva sensación de rendición, opté por dejar de postergar lo inevitable y enfrentar las otras verdades que había estado eludiendo.

Había llegado el momento de explorar el mundo exterior, de ver por cuenta propia aquello que habitaba en la penumbra.

Y así, sin un plan definido, pero con determinación en mis pasos, me aventuré hacia la frontera.

La noche eterna envolvía el paisaje en una atmósfera aún más opresiva mientras avanzaba entre los árboles muertos. Mi corazón latía con fuerza: una sinfonía de emociones tumultuosas que amenazaba con ahogarme. Pero estaba decidida a enfrentar lo desconocido, aunque fuera solo por un breve instante; mi vida no tenía ya otro propósito.

Perdí la noción de cuántas horas había caminado. Y entonces, entre las tinieblas, logré verlo.

El monstruo emergió con un zumbido estremecedor: su forma grotesca pálidamente iluminada por mi linterna. Era como ninguna criatura que hubiera visto antes, una aberración de la naturaleza ajena a toda descripción coherente. Tenía la apariencia de un tardígrado gigante, mas su piel estaba cubierta de protuberancias y tentáculos que se contorsionaban de arriba abajo.

Me quedé sin aliento. Mi mente luchaba por procesar la visión que se desplegaba ante mis ojos. No podía negar la realidad de lo que tenía frente a mí. Esto no era un producto de las supersticiones; era una criatura real, tangible: una manifestación de la incertidumbre que había envuelto a la Tierra desde el cataclismo, y que todos excepto yo ya habían aceptado.

Con el corazón latiendo con demasiada fuerza, con la adrenalina corriendo por mis venas, decidí enfrentarlo.

Y en su voraz instinto, el monstruo no tardó en dar con su presa, mas no era yo.

Al otro lado de las ramas secas, un grupo de viajeros también se había adentrado en el territorio prohibido. La escena que se desencadenó fue espeluznante: un crimen surgido de las profundidades de la imaginación más sombría.

El monstruo se abalanzó sobre el más desprevenido del grupo, sus tentáculos retorcidos enredaron al indefenso viajero. Como una serpiente de sombras, la bestia lo envolvió en su abrazo funesto, dejándolo inmovilizado y a merced de su poder.

Aun si hubiera intentado moverme, estaba paralizada por el terror. No sabía qué hacer ni cómo enfrentar a la criatura,

solo podía observar impotente mientras se ceñía sobre su presa, consumiéndolo con su abrazo mortal.

Tras ese primer embate, observé con incredulidad cómo la criatura parecía debilitarse lentamente hasta desplomarse en el suelo, sus tentáculos retorciéndose en un último estertor de agonía. Era como una abeja que, al picar, también perece. Como si la misma vileza que la había engendrado finalmente la consumiera por completo.

Con el corazón aún latiendo con fuerza, me acerqué al lugar donde yacía la criatura abatida. Se trataba de un fenómeno verdaderamente extraño, el monstruo y la víctima, difusos, desvanecidos.

Me percaté que también el grupo de viajeros se había aproximado, sus rostros desfigurados por la sorpresa y el temor. Los observé con cautela, me preguntaba qué intenciones podrían tener. Entonces fue inevitable intercambiar unas palabras. Lo disfruté, habían pasado miles de horas desde mi último diálogo con un viajero. Se presentaron como cartógrafos, enviados para trazar el mapa de habitabilidad del nuevo mundo, para explorar sus límites, descubrir los secretos que yacían ocultos en su vasta extensión. Hablaron de extrañas tierras fértiles, ríos caudalosos, bosques densos y montañas imponentes: un lugar que, a pesar de sus peligros, aún albergaba la esperanza de un nuevo comienzo para la humanidad.

Poco a poco, la desconfianza que marcó el encuentro inicial se disipó; fue reemplazada por una sensación de curiosidad, de anticipación. Honestamente me sentí inspirada por ellos, por su voluntad de explorar lo desconocido y trazar el mapa de un futuro incierto.

Entre más conversábamos, mejor vislumbraba un nuevo propósito para mí misma. Ya no era solo la maestra en un pueblo olvidado. Ahora podía convertirme en lo que siempre quise: una guía para quien se aventure en lo desconocido.

\*\*\*

Es curioso conciliar el sueño en un paraje sin días. A mí se me ha facilitado; salvo en la escuela, duermo cuando tengo sueño, nada más. Aquel no fue el caso. Decidimos pernoctar pero yo no pude, sentía algo que hace muchas horas no sentía: atracción. Sí, el cartógrafo en jefe, un hombre curtido por los elementos, con ojos vivaces de cazador nocturno, el encargado de elegir los caminos a través de las tierras desoladas.

Sentí una conexión instantánea con aquel hombre, como si compartiéramos un vínculo pasado. Mientras todos dormían me acerqué un poco, apenas un palmo; no quería que nadie lo notase pero estaba curiosa por conocer más sobre su historia, quería olerlo.

Pasaron las horas. Les hablé más sobre el pueblo y decidieron visitarlo, hacer un censo. Para mí, regresar a la aldea no sería fácil: llevaba un peso en el pecho y la mente llena de pensamientos turbulentos. Después de tanto recelo, confesar la existencia de los monstruos que moraban en las sombras me vulneraba, por decir lo menos.

\*\*\*

Como si lo hubiera intuido, la matriarca ya nos esperaba. Y no solo eso, había convocado una asamblea. Por si fuera poco, mi turno fue el primero. Intenté hablar con voz firme pero me escuché temblar. Les conté sobre mi enfrentamiento con el monstruo y el ataque a uno de los viajeros. Afirmé que era imposible negar su existencia, por más aterradora que fuera.

La confesión dejó a la asamblea en un silencio sepulcral, incluso algunos de mis estudiantes se llevaron las manos al rostro, conscientes de la gravedad de la situación. La matrona me observaba con una maliciosa felicidad, sabía que esta revelación le otorgaba un nuevo poder sobre la comunidad. No podía evitar regodearse en su propia soberbia.

Pero la atención de la asamblea pronto se desvió hacia el otro grupo, cuya sola presencia despertaba la intriga de todos.

Los cartógrafos se presentaron con una solemnidad acorde a la magnitud de su misión. Relataron que al inicio de su proyecto eran una docena, ahora solo quedaban los seis presentes. El cartógrafo en jefe tomó la palabra y expuso su visión del mundo basada en miles de horas de exploración y estudio. Habló de una zona exterior, más allá de los límites de lo conocido, que era completamente inhabitable, un lugar donde la penumbra reinaba sin oposición. También habló de una frontera cambiante, una línea invisible que se desplazaba con el paso del tiempo, marcando el límite entre la seguridad relativa que conocemos en los pueblos y los territorios desconocidos más allá de sus fronteras: la burbuja.

Vi las reacciones. Algunos recibieron a los cartógrafos con los brazos abiertos, cual aliados en la búsqueda de respuestas. Otros, sin embargo, los miraban con desconfianza, como

simples intrusos, más bocas que alimentar en una comunidad ya agobiada por la escasez. Y luego, estaba la matriarca. Su cara no denotaba mayor reacción, pero yo estaba segura de que buscaría en los cartógrafos una forma de aprovechar la situación para sus propios fines.

Por mi parte, lo único que sentía era un regusto agri dulce. Con los monstruos arrastrándose en las sombras y los cartógrafos en la puerta de la aldea, se avecinaban tiempos de cambio, ansiado cambio.

\*\*\*

Tuve sueños caóticos: la matriarca era una matrona y hacía muñecos vudú, los cartógrafos se perdían en intersticios de sus propios mapas y el cartógrafo en jefe me hacía el amor. Al despertar, las noticias no podían ser más distintas. No vino nada del largo juego de intrigas que me había imaginado unas horas antes. La matriarca, llena de una profunda desconfianza hacia los cartógrafos, temía que pudieran traer consigo más problemas que soluciones, y simplemente no estaba dispuesta a correr ese riesgo. Así que había ordenado, enérgicamente, la expulsión de los extranjeros, instando a la comunidad a rechazar cualquier oferta de ayuda o colaboración.

Y así, mientras la comunidad se preparaba para despedir a los cartógrafos, yo tomé una decisión inesperada. Un tanto debido al conocimiento que los extranjeros poseían, otro tanto debido directamente al jefe de los viajeros, pero decidí unirme a ellos en su misión.

Ante el asombro de los presentes, anuncié mi decisión de abandonar la aldea. Era una oportunidad para explorar el mundo más allá de las fronteras de mi pueblo. La verdad es que no me importó abandonar a mis estudiantes. Finalmente yo era una investigadora, y si ahora me dedicaba a la docencia solo era porque el colapso de la civilización así lo había determinado, nada más.

Por ello sentí más que vergüenza cuando los cartógrafos me rechazaron. Imposible según el protocolo, dijeron. La matrona no pudo aguantarlo y soltó una carcajada hartera. Y como si se tratara de una puesta en escena en un teatro de la crueldad, el bajo cielo se iluminó con una bengala. ¿Qué estaba pasando?

La luz roja pintó todo de terror.

Un grupo de desconocidos apareció por el horizonte. El aire se volvió denso por la tensión. “¡Los esclavistas!”, gritó la matriarca.

Los recién llegados no tenían pinta de exploradores o viajeros pacíficos; al contrario, estaban armados hasta los dientes, emanaban un aura de brutalidad. Sus rostros estaban marcados por la dureza de la vida, sus ojos destellaban una malevolencia despiadada.

A medida que se acercaban, las amenazas comenzaron a fluir de sus labios. Hablaban de conquistar la aldea y someter a sus habitantes, de saquear sus recursos a su voluntad, sin piedad ni remordimientos.

No solo eran palabras vacías; cada gesto estaba impregnado de un desprecio cruel. Era evidente que no tenían escrúpulos ni compasión, y estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario

para lograr sus objetivos, incluso si eso significaba derramar sangre inocente.

Así, justo cuando creí haber hallado refugio en una nueva misión, me hallé ante una nueva amenaza que ponía en peligro todo por lo que habíamos trabajado. Qué encuentro más desalentador.

Consciente de que el futuro de la aldea pendía de un hilo, intenté respirar profundo para no caer en un ataque de pánico. Los cartógrafos, mejor preparados, ya estaban listos. Habían sacado sus herramientas, que empuñaban como armas. Me pareció absurdo, y se los dije; estaban locos si pretendían combatir armas de fuego con brújulas y compases.

“Necesitamos que abran fuego”, me explicó el cartógrafo en jefe. Quedé perpleja. Y cuando pensaba que aquello no podía ser más confuso, vi a la matriarca salir corriendo con un cuchillo directamente hacia los adversarios. “Atrévanse”, gritaba con voz desafiante. Los invasores intentaron evadirla, pero cuando saltó encima de uno de ellos, y aquel hombre que había subestimado a la anciana se percató de que no podía quitársela de encima y la cuchilla perforaba su chaleco protector, se asustó y abrió fuego.

Pronto entendí la magnitud de su error. De entre la negrura botaron un enjambre de pequeños monstruos. Con siluetas retorcidas y contornos difusos, aquellas criaturas parecían estar compuestas de una amalgama de membranas y apéndices sin forma definida. Eran medusas etéreas, esferas amorfas, bolsas gelatinosas que empezaron a capturar a los esclavistas. De victimarios a víctimas, los invasores intentaron reventar a los monstruos a balas, pero los disparos no hicieron sino atraer más

y más de las hambrientas bocas sin cuerpo, que se retorcían y se agitaban en el aire.

Exploraban el entorno con una velocidad inquietante y, a medida que avanzaban, los engendros de la noche emitían extraños zumbidos y chasquidos, como si estuvieran comunicándose entre ellos en un lenguaje desconocido para los seres humanos. Todo aquel que se interponía en su camino caía preso de una insólita sensación de malestar y desorientación, como si estuviera siendo arrastrado por una corriente invisible. Algunos se tambaleaban, caían al suelo, paralizados por el miedo y la confusión, mientras que otros luchaban por mantenerse en pie frente a la presencia abrumadora.

Tarde o temprano, todos fueron engullidos.

“¿Qué haces? ¡Corre!” Los cartógrafos lo tenían claro. Pero yo no podía dejar a mis estudiantes. Cargué a uno, tomé de la mano a otro y les ordené a los demás que me siguieran. Al parecer, después de todo, siempre sería su maestra, su eterna protectora.

Fue una carnicería. Solo unos pocos logramos sobrevivir: tres de mis estudiantes, el jefe cartógrafo, otra cartógrafa y yo, una persona agotada de pasar pruebas de fuego. El nuevo grupo estaba exhausto, desorientado, unido sólo por el instinto de la supervivencia. En las horas siguientes nos aferramos unos a otros en busca de consuelo, conscientes de que apenas y habíamos escapado de milagro.

En cuanto tuve oportunidad le pregunté al jefe de los cartógrafos cómo sabía lo de los disparos. Tardó en entenderme, mas luego me lo refirió: habían visto algo similar mientras mapeaban la costa este. Pero no era momento de intercambiar

información, sino de retirarse a un lugar seguro para evaluar nuestra situación y planificar el próximo movimiento. “Un lugar seguro”, recalqué con sorna, justo como lo hubiera dicho la matrona.

\*\*\*

Nos dirigimos al centro de la burbuja. A medida que continuamos nuestra búsqueda encontrábamos paisajes que imposibilitaban su comprensión. Al principio, todo parecía normal: prados verdes, árboles frondosos, arroyos cristalinos que serpenteaban entre las colinas. ¿Cómo era posible? Sin embargo, a medida que avanzamos, comenzamos a notar sutiles cambios en el entorno. La luz tornasolada emanaba de unas extrañas nubes en forma de disco. Algunas áreas del paisaje parecían estar completamente intactas, como si el cataclismo que había asolado a la Tierra nunca hubiera ocurrido. Los campos estaban llenos de flores y la vida silvestre continuaba su curso. No obstante, incluso en estos resquicios aparentemente normales, se podía sentir cierta inquietud en el ambiente, como si algo estuviera al acecho.

Aun cuando parecía el paraíso, el cartógrafo en jefe nos advirtió que mientras estuviera de pie, él no habría de detenerse en ningún sitio hasta cumplir su misión. Así que nos limitamos a tomar unos datos y seguimos.

En otros lugares, los efectos del cataclismo eran más evidentes. Árboles desgarrados se alzaban como monumentos

a la destrucción con sus ramas desnudas y retorcidas. El suelo estaba cubierto de escombros, ruinas y otros despojos.

Pero lo más desconcertante eran las áreas que resultaban completamente irreconocibles. El paisaje se distorsionaba en configuraciones extrañas, surrealistas, como si hubiera sido arrancado de un sueño febril: montañas que se curvaban en ángulos imposibles, ríos que parecían fluir hacia arriba y cielos derretidos.

Era como caminar por una dimensión de pesadilla, donde las reglas de la realidad se habían dislocado. A medida que nos adentramos más y más en la burbuja, mis pequeños niños no podían evitar preguntarse qué otros horrores nos esperaban en lo desconocido, y yo no podía ofrecer mayor claridad o consuelo.

Cientos de horas más tarde, finalmente, llegamos a lo que debía ser el centro de la burbuja, solo para toparnos cara a cara con un vacío desolador. En el corazón, donde esperábamos hallar respuestas y tal vez incluso una salida a nuestro dilema existencial, encontramos solo silencio. No había señales de vida ni indicio de lo que había causado la formación de la burbuja en primer lugar. En su lugar, solo quedaba un eco inquietante, un recordatorio de la fragilidad de la existencia humana, de la insondable naturaleza del universo.

El cartógrafo en jefe nos avisó que, dadas las circunstancias, ahora debíamos proseguir hasta la antípoda, el punto de la frontera de la burbuja más lejano del que alguna vez partieron, para luego regresar al punto de inicio mapeando la mitad del contorno.

\*\*\*

Buscábamos el diámetro de la burbuja, pero nos encontramos a nosotros mismos. Yo me había vuelto como una madre para los más pequeños. Por lo general estaba demasiado cansada como para hacer otra cosa que dormir, ni siquiera soñar, pero en otros momentos, me entregaba pasional e irracionalmente a los brazos del cartógrafo en jefe, o a los de la cartógrafa, o a los de ambos.

Durante cierto remanso de horas, el menos joven de los estudiantes, quien hasta ese momento había estado callado y reservado, decidió abrirse y compartir una historia personal con el grupo. Nos habló de un recuerdo soterrado. Era demasiado pequeño, así que quizás se trataba de una memoria inventada, mas narró con gran emoción un objeto redondo, suspendido en un cielo que parecía agujereado. Conmovida le expliqué que hablaba de la luna, el majestuoso satélite de nuestro planeta, formado de las entrañas terrestres, un bello astro que seguramente aguardaba con paciencia tras la negrura.

Sin mis preciadas libretas, había perdido ya la cuenta de las horas. Seguramente habíamos alcanzado la hora 90,000 después del cataclismo cuando llegamos a la frontera. La pared de la burbuja resultaba tan inentendible como inverosímil: una resonancia, un rumor, un reservorio, un contenedor, un espejismo; pero también un iris, pompas de jabón, un tímpano, celulosa, piel, una costra; era cualquier cosa que uno pudiera vislumbrar.

Mientras explorábamos los límites de la burbuja, vimos otro grupo de humanos que vivían en una suerte de burbuja pegada a la nuestra. En lugar de haber caído en las ruinas

y la desesperación, este grupo parecía estar prosperando en medio de la oscuridad y la incertidumbre. Granjas y campos se extendían a lo largo del paisaje, alimentados por una fuente inusual de fuerza laboral: bestias como la primera que había visto.

Todos, incluso los más pequeños, observamos con asombro cómo estos monstruos, una vez temidos y odiados, ahora trabajaban, codo a codo por decir, con los humanos, ayudándoles en sus tareas diarias. Algunos de ellos como fuerza de tiro y transporte, otros abiertos de par en par cual máquinas. Pero lo más sorprendente eran las granjas, donde eran cuidados y alimentados como ganado, criados específicamente para realizar trabajos específicos según sus habilidades y capacidades. Más difícil de ver: otros se empleaban directamente como fuente de alimentos.

Era claro: esta comunidad había descubierto una forma única de coexistir con los monstruos que una vez los habían amenazado. En lugar de temerlos, los habían sometido y domesticado.

Este descubrimiento nos dejó mudos, no sabíamos qué pensar. Si esta comunidad había logrado convertir a sus enemigos en aliados, tal vez había esperanza para todos los demás.

\*\*\*

Pensamos cómo podríamos acercarnos en son de paz, mas la creación de una alianza no tuvo siquiera tiempo de formularse.

Un nuevo tipo de monstruos, uno nunca antes visto, surgió de la nada. Con sus formas grotescas y habilidades letales, representaban una amenaza aún mayor que sus predecesores, pues en este caso no éramos nosotros su objetivo, sino las burbujas mismas, las cuales empezaron a devorar.

No solo su aparición repentina sembró el caos y el terror, estas criaturas, con su capacidad para manipular lo que los rodeaba, causaban estragos en el entorno y desencadenaban cambios impredecibles.

La esperanza comenzó a desvanecerse en medio de una batalla aparentemente imposible de ganar. Y mientras los habitantes de esta nueva ciudad se sumían en la desesperación, un emisario inesperado apareció ante nosotros. Así debieron ser las personas que inspiraron las grandes epopeyas de la historia: emanaba una presencia casi magnética, envuelta en un aura de poder, de sabiduría ancestral.

Muir —luego supimos su nombre—, nos hizo señas que acatamos. Nos tendió una mano que acompañó con una voz llena de autoridad. Habló acerca de un lugar más allá de la burbuja, un reino de luz y esperanza donde podríamos encontrar la redención que tanto ansiábamos. Más que inspirados por la promesa de un futuro mejor, asustados de muerte por lo que veíamos, decidimos seguirlo. Cual hechizo arcano, Muir cerró su pequeña burbuja tras nosotros. Ahora estábamos dentro de un extraño subespacio. Mientras los cartógrafos anotaban todo lo que veían, los niños simplemente no podían quitarle la mirada de encima al héroe.

Muir llenó las horas con una gran historia que pensé fantástica hasta que lo supe verídico. Existen criaturas más grandes que las galaxias. En sus travesías por el espacio arrastran el polvo cósmico con sus cuerpos etéreos. El gran cataclismo no fue sino un evento semejante al de una mota de polen pegado en el cuerpo de una abeja. Alguna vez considerado centro del universo, nuestro planeta entero ya no era más que una pequeña impureza dentro de una entidad cósmica cuya magnificencia eclipsaba cualquier relato conocido.

Repasé lo que acababa de escuchar. Un organismo más grande que la imaginación misma había absorbido nuestro planeta en su vasto ser. Las piezas del rompecabezas encajaron en su lugar. La ausencia de días y noches, el tímido péndulo de Foucault, la temperatura constante, todo cobró sentido en el contexto de esta revelación: la burbuja no era sino una reacción inmune y los monstruos, no más que los anticuerpos de un ser cósmico, que lo protegían de la amenaza percibida.

Por fin había claridad, todo se reducía a un asunto de ecología básica: éramos diminutos invasores dentro de un ser mucho más grande que la Vía Láctea. Por el momento su organismo estaba reaccionando ante nosotros como ante un patógeno. Si queríamos sobrevivir debíamos abandonar nuestro parasitismo, abrazar una relación mutualista, colaborar con nuestro anfitrión cósmico para su propia supervivencia y prosperidad: ese era nuestro único futuro. ¿Acaso no fue siempre así?

**Alan Heiblum Robles** (CDMX, 1982) es Físico por la UNAM (2009) y Doctor en Epistemología e Historia de la Ciencia por la UNTREF de Argentina (2014). En 2015 realizó un posdoctorado sobre Pluralismo en la Universidad de Cambridge, Reino Unido. De 2016 a 2019 asistió un proyecto de Restauración Ecológica en la Selva Lacandona. En 2023 se publicó su antología de cuentos "Inventario de un incendio" bajo los sellos de Ficticia y la Universidad Veracruzana.